

Expertas III

**SIETE VOCES
EN TIEMPOS INCIERTOS**

Dirección de Investigación



UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS
EDITORIAL

EXPERTAS III
SIETE VOCES EN
TIEMPOS INCIERTOS

Dirección de Investigación, Vicerrectoría de Investigación y Postgrado

Expertas III. Siete voces en tiempos inciertos

Osorno; Editorial Universidad de Los Lagos,

marzo de 2024.

100 P.; 17 × 24 cm cerrado

ISBN: 978-956-6043-96-6

1. Biografías 2. Trayectorias de investigación 3. Prácticas
4. Pandemia 5. Ciencias de la Salud 6. Ciencias de la Educación

EXPERTAS III

SIETE VOCES EN TIEMPOS INCIERTOS

Dirección de Investigación, Vicerrectoría de Investigación y Postgrado

© 2024 Universidad de Los Lagos

ISBN: 978-956-6043-96-6

editorial@ulagos.cl

www.editorial.ulagos.cl

Cochrane 1070, Osorno

Edición: Gabriela Balbontín Steffen

Diseño y Maquetación: Alexis Hernández Escobar

Este libro ha sido posible gracias al proyecto INGE210006 de la Dirección de Investigación de la Vicerrectoría de Investigación y Postgrado de la Universidad de Los Lagos, financiado por la Agencia Nacional de Investigación de Chile (ANID).

Derechos reservados.

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier medio impreso, electrónico y/o digital, sin la debida autorización escrita de

Editorial Ulagos.

**EXPERTAS III
SIETE VOCES EN
TIEMPOS INCIERTOS**

DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN,
VICERRECTORÍA DE INVESTIGACIÓN Y POSTGRADO

UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS



UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS
EDITORIAL

ÍNDICE

La ventana interior.....	9
Polonia Calderón Campos	
Inmóvil	17
Mirar al ser humano	20
Carolina Fuentes Ampuero	
El fuego que abrasa	27
Investigación inquieta.....	30
María Paz Sepúlveda Barrientos	
La concepción	39
Entre mareas ondulantes.....	43
Cynthia Urrutia Molina	
Maternar en crisis.....	51
En la vía del buen vivir	54
Alejandra Martínez Cornejo	
Desde otras veredas	57
En aguas seguras.....	60
Romané Landaeta Sepúlveda	
El viaje.....	64
Los pequeños detalles	69
Patricia Ximena Casanova Muñoz	
Duelos	79
Decir te quiero	85
A modo de cierre.....	91

LA VENTANA INTERIOR

*Me paro
ante los sacrificios
de un millón de mujeres antes de mí pensando
qué puedo hacer para que esa montaña sea más alta
para que las mujeres que vengan después de mí
puedan ver más allá.*

POR RUPÍ KAUR¹

En 2020 fue declarado el inicio de la pandemia que generó el coronavirus, cuyas variaciones han sido múltiples y han afectado al mundo entero hasta la actualidad. En Chile, en marzo de ese año se cerraban las fronteras del país y las puertas de los hogares de toda su población, confinándola a permanecer en sus casas de una forma nunca antes vista.

En las comunas de Osorno y Puerto Montt, y la Región de Los Lagos en general, la pandemia llegó junto con el otoño y ya estaba absolutamente instalada en el frío invierno de cada año en este sur del mundo. Los toques de queda comenzaban más temprano, y –a diferencia de lo que sí sucedió en gran parte del país– aquí las medidas de lo que se llamó el plan “paso a paso” –los cordones sanitarios, las cuarentenas– no aflojaron cuando llegó la primavera.

En este tercer volumen de la serie Expertas de la Universidad de Los Lagos revisamos la vida y obra de profesionales, investigadoras y académicas que se atrevieron a compartir relatos íntimos, incluyendo tanto su experiencia de confinamiento durante la crisis sanitaria – a diferencia de versiones anteriores – como el escenario post COVID.

1. Poetisa india-canadiense. Cita extraída del libro *El Sol y sus flores* (2018). Traductora Elvira Sastre. Editorial Seix Barral.

Las autoras de *EXPERTAS III. Siete voces en tiempos inciertos* responden, desde diferentes ángulos, interrogantes que son pertinentes para cualquier persona en el mundo, pero situando sus respuestas en lo que significa trabajar en una universidad estatal del sur de Chile. ¿Cómo cambió la rutina laboral? ¿Cómo evolucionaron los vínculos con la familia y con una misma? ¿Cómo se alteró la percepción de los espacios transitados? ¿Qué dimensiones adquirió el miedo y la vida aséptica, la vida en el hogar? ¿Cómo fue el trabajo para las docentes que también ejercían como funcionarias de salud? ¿Hubo más o menos tiempo libre? Preguntas como estas fueron el punto de partida de la escritura de las autoras de este libro.

El efecto de la pandemia en las mujeres

Las protagonistas de este libro son parte de la población económicamente activa (PEA), es decir, de aquellas personas que tienen un empleo reconocido en las cuentas nacionales del país. Pero no sólo eso. Como es sabido, las mujeres históricamente han asumido el trabajo doméstico y de cuidado que supone la sostenibilidad de la vida. En ese sentido, hoy se habla de la carga social total de trabajo² que supone una concepción amplia del trabajo en tanto incluye las tareas usualmente remuneradas (empleo), así como aquellas que realizamos usualmente sin una retribución económica para otras personas en el hogar-familia o para la comunidad. La pandemia afectó de sobremanera la ejecución y distribución de estas labores, afectando principalmente a las mujeres. A continuación, se muestran algunas estadísticas que corroboran esta última afirmación.

En 2021 el Informe *Coyuntura Laboral en América Latina y el Caribe*³ reveló que la brecha de género incrementó durante la crisis del COVID en todos los países de la región. Durante este período, las mujeres no sólo

2. Concepto acuñado por Miriam Glucksmann (2015)

3. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). / Organización Internacional del Trabajo (OIT), “Políticas de protección de la relación laboral y de subsidios a la contratación durante la pandemia de COVID-19”, *Coyuntura Laboral en América Latina y el Caribe*, N° 25 (LC/TS.2021/163), Santiago, 2021.

fueron el grupo más afectado en términos de pérdida de empleo e ingresos, sino que también asumieron una mayor carga en las tareas domésticas no remuneradas, siendo incluso en muchos casos las responsables principales en la atención y manejo de la pandemia. Según este informe semestral, la pérdida de empleo femenino en América Latina alcanza aproximadamente el 6%, una cifra que duplica la tasa de desempleo masculino, es decir, por cada hombre que perdió su empleo, lo hicieron dos mujeres. La explicación puede encontrarse en que las instituciones que apoyaban el trabajo doméstico y de cuidado mientras las mujeres estaban en sus empleos dejaron de funcionar durante la pandemia, o que los empleos que tienen las mujeres, como los emprendimientos, dejaron de existir por falta de demanda y una falta de protección institucional para mantenerlos. Lo más complejo en la actualidad es que, a pesar de que ha habido una recuperación en el empleo, todavía no se alcanzan los niveles previos a la pandemia, con una tasa de ocupación del 54%, aún 3,4 puntos porcentuales por debajo de la registrada en el mismo período de 2019.

De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadísticas de Chile (2021)⁴, la participación laboral de las mujeres pasó de un máximo histórico de 53,3% en el trimestre noviembre-enero de 2020 a 41,2% en el trimestre abril-junio de ese año, retrocediendo durante el periodo más álgido de la pandemia a cifras que Chile tenía casi una década atrás.

Un estudio de 2021 liderado por la Asociación Red de Investigadoras en Chile evidenció el impacto del COVID 19 en el mundo académico⁵. Primero, concluyó que un 93,47% de las investigadoras, es decir, casi el total de ellas percibió una profundización en la brecha de género a causa de la pandemia. Además, el 55,4% indicó que no pudo realizar sus actividades planificadas debido a la crisis sanitaria. Asimismo, el 60,40%, estuvo de acuerdo en que la pandemia afectaría de manera negativa sus posibilidades de postular a proyectos. Finalmente, y en relación con los

4. Instituto Nacional de Estadística. (2021). *Género y empleo: Impacto de la crisis económica por COVID-19*. Boletín estadístico, 8 de marzo de 2021.

5. Encuesta “Percepción de investigadoras en pandemia COVID19”. Coordinadoras: Adriana Bastías, Cristina Dorador, Marcela Mandiola y Mónica Vargas. Disponible en web: www.redinvestigadoras.cl

obstáculos para realizar investigaciones durante ese período, las científicas señalaron varios factores, tales como; la responsabilidad de cuidados de los/as hijos/as (55,48%) y otras personas (22,38%), el acceso limitado a sus lugares de trabajo e investigación (42,19%), la necesidad de trabajar virtualmente (96,74%), problemas de salud mental (65,97%) y la escasez de proyectos (40,33%). Sin duda, la crisis sanitaria exacerbó las brechas de género existentes, especialmente en lo que respecta a las tareas de cuidado, así como en las labores domésticas.

La estrategia de transversalización de la Igualdad de Género en la ULagos.

La Universidad de Los Lagos se ha comprometido a contribuir activamente en la igualdad de género en la institución como en el país. Para ello, ha partido por casa, creando en 2019 la Dirección de Igualdad de Género (dependiente de la Prorectoría desde 2022), luego en 2020 la Política de Igualdad de Género y, finalmente, adjudicándose en 2021 el proyecto “Más Mujeres, Más Ciencia e Innovación: Fortalecimiento de las Capacidades Institucionales con Enfoque de Género en I+D+i+e en la Universidad de Los Lagos” (INGE210006), a cargo de la Dirección de Investigación de la Vicerrectoría de Investigación y Postgrado de la ULagos. Este proyecto, que aún se está implementando, tiene por objetivo aumentar las capacidades institucionales que permitan transversalizar el enfoque de género en todos los ámbitos y procesos de la I+D+i+e, para disminuir las brechas en este ámbito y contribuir considerablemente en la transformación cultural de género de la institución.

En coherencia con este proyecto, la ULagos ha decidido transversalizar la perspectiva de género en el ecosistema institucional, es decir, integrar el enfoque de género como condición necesaria y de partida, y no como anexo, a todo el quehacer cotidiano académico, estudiantil y/o investigador. La estrategia progresiva para dicha transversalización en el ecosistema de investigación, desarrollo, innovación y emprendimiento de la ULagos (I+D+i+e) está orientada hacia cuatro metas. La primera es MÁS MUJERES INVESTIGADORAS, reconociendo la brecha existente y articulando iniciativas tempranas de formación y desarrollo para mujeres que investigan o quieren investigar oficialmente; la segunda es MÁS INVESTIGACIÓN DISCIPLINAR CON ENFOQUE DE GÉNERO, incorporando

una mirada en clave de género tanto a los procesos como a los contenidos de la investigación habitual de las distintas disciplinas, por ejemplo sumando indicadores desagregados por sexo o críticas epistemológicas, teóricas o metodológicas sobre la ausencia de las diferencias de género a fin de visibilizar sesgos involuntarios o brechas no detectadas. La tercera refiere a MÁS INVESTIGACIÓN EN TEMAS DE GÉNERO, DIVERSIDADES E INCLUSIÓN, promoviendo que más personas investigadoras se interesen en estudiar de manera situada, reflexiva y fundada los temas asociados a las desigualdades, brechas o sesgos. La cuarta implica MÁS MUJERES EN CIENCIA APLICADA, donde la investigación avance hacia el desarrollo, la innovación y el emprendimiento y su vínculo activo con el territorio.

Expertas III: tensiones de género durante y postpandemia

Al alero del proyecto INGE210006, ideamos la serie de libros “Expertas” de la ULagos que, en concreto, busca visibilizar el quehacer de las mujeres en la institución, reconociendo sus talentos y capacidades a través de relatos autobiográficos sobre su trayectoria personal y académica. Esta colección de libros se posiciona desde el feminismo de la diferencia, por lo cual destaca las particularidades de sus trayectorias para instalar nuevos referentes que exploran el mundo de la I+D+i+e, favoreciendo la disminución de brechas de género y visibilizando la exploración del mundo científico por parte de las mujeres. Con ello, la serie Expertas constituye una evidencia de que, desde sus diferentes posiciones, modelos familiares e intereses personales, las mujeres pueden convertirse en profesionales y/o académicas que contribuyan al avance del conocimiento situado y el desarrollo de la región, el país y el mundo.

La serie Expertas ya consta de dos volúmenes. Primero, se publicó *Expertas I. Cinco voces femeninas en STEM* donde se visibilizaron las trayectorias de mujeres en disciplinas donde —hasta ahora— han estado subrepresentadas como las ingenierías y las ciencias exactas. Luego, se ha escrito *Expertas II. Diez voces en investigación y creación* donde se da cuenta de la vida y obra de mujeres vinculadas a las ciencias de la salud y la educación, así como a las artes y la arquitectura.

En este tercer volumen de la serie, la diversidad de voces y experiencias funcionó como un mosaico de subjetividades en el proceso de ingreso, desarrollo y salida de la pandemia: algunas autoras eligieron detenerse en sus labores en el área de la salud, otras en sus experiencias de maternidad primeriza, la vida familiar y en pareja, otras en los cambios abruptos sobre los modos de llevar a cabo las clases, donde la virtualidad hubo de llevarse al máximo extremo de lo posible; entre la vida doméstica y laboral, también es posible encontrarse con historias de duelos y resiliencia.

Además de rescatar los relatos de aquel periodo de tiempo reciente y quizás lejano en la subjetividad de lo que fue el encierro y la contemplación, la angustia tranquila que propició la pandemia, se ha querido permanecer en el gesto de recuperar la memoria (o la nostalgia) de la infancia. Aquello que se pierde, aquello que se arrastra y marca el estilo, la personalidad, la búsqueda.

En el ejercicio de observar las escrituras de esta entrega y las anteriores, se resalta el salto de la tercera persona -que busca una distancia teórica, una neutralidad que valida las investigaciones- a la primera persona -que atrapa al vuelo la oralidad, y con ello la transparencia de la palabra, las experiencias y la sabiduría adquirida- que se abre a las nuevas generaciones o a quienes viven fuera de la complejidad académica. Así también, esta tercera entrega se basa en que, junto con conocer la vida y la obra de cada académica -eje central de la serie Expertas-, las reflexiones y experiencias de sus autoras se sitúan en medio de una crisis sanitaria mundial. Por lo mismo, el orden del libro obedece a su relación íntima con el encierro y el estado de catástrofe producto del coronavirus que supuso evidentes cambios de forma, ritmo y estilo de vida.

El contenido de este libro se escribió en dos momentos. La primera instancia tuvo lugar entre mayo y agosto del 2022, y la segunda entre octubre y diciembre de 2023. En este taller de escritura se instó a las convocadas a poner en diálogo su vida académica con la vida familiar y los desafíos que implicó para las fronteras usuales de este trabajo. El plan consistió en trabajar con cada una de ellas de manera remota y cercana a la vez. En la presentación del taller se dieron las pautas del trabajo a realizar, se presentaron las preguntas inspiradoras para la escritura. Luego hubo instancias de acompañamiento individual y virtual en los cuales se instó

a potenciar los fragmentos donde hacía falta profundizar. Los textos que se relatan a continuación son el producto de este trabajo.

Expertas III abre con dos relatos íntimos y domésticos. Polonia Calderón Campos enumera acciones cotidianas a través de oraciones breves, lo cual devela un cierto hastío, una suerte de alusión al día de la marmota, donde el paso del tiempo no es más que la repetición *ad eternum* de lo mismo. A través de su experiencia de vida, Polonia plantea que nunca es tarde para comenzar una carrera académica, que el conocimiento no está acotado a un rango etario. Le sigue Carolina Fuentes Ampuero quien, en un tono más desfachatado y humorístico, relata sus primeras impresiones y los accidentes en un perímetro que va desde la casa del vecino hasta el armario de su pequeña hija. Carolina rescata la sabiduría campesina de su familia, y liga sus primeros asombros con la kinesiología, carrera que conecta sus dos profundos intereses: el deporte y la salud.

Siguen dos experiencias de maternar en pandemia. Cuando la cuarentena llegó a instalarse, María Paz Sepúlveda Barrientos estaba embarazada y Cynthia Urrutia Molina tenía a su hija recién nacida. Ambas escriben con detalle sobre los temores y ansiedades que vivieron como madres primerizas en un contexto sanitariamente hostil. Cynthia invita a transitar experiencias extracurriculares que ayuden a mantener un equilibrio entre la salud mental y física. En la misma línea, María Paz se detiene en la importancia que tiene la docencia, ya que le permite entregar un mensaje de motivación en el buen vivir. Alejandra Martínez Cornejo habla de sus dudas y contribuciones como funcionarias de la salud, y vincula las memorias de su vida escolar con la decisión de dedicarse a la enfermería con foco en las infancias.

El libro cierra con los testimonios de Romané Landaeta Sepúlveda y Patricia Casanova Muñoz, quienes abren su espacio íntimo para hablar de los duelos que tuvieron que atravesar producto de las muertes de familiares y amigas, y la imposibilidad de despedirse por las limitaciones producto de la pandemia.

Los relatos de este tercer volumen constituyen un ejemplo de la construcción de un relato literario autobiográfico. En ellos es posible observar las tensiones que generó la pandemia al retraer a los hogares a tantas personas, tensionando las relaciones entre las esferas profesional, familiar

y personal en la vida cotidiana. Pero también, en Expertas III es posible conocer cómo las mujeres enfrentaron dichas tensiones, mostrando su capacidad de adaptación y resiliencia a una situación tan crítica. Junto con ello, el libro muestra que cualquier momento puede ser bueno para hacer un ejercicio de autoexploración y reflexión, favoreciendo el empoderamiento sobre cada una de ellas. Las próximas páginas dan cuenta de ello.

EQUIPO INGE210006



POR POLONIA CALDERÓN CAMPOS (SANTIAGO, 1980)

Profesora Básica, Licenciada en Educación, Universidad Arturo Prat, Chile.
Psicóloga, Licenciada en Psicología, Universidad de Los Lagos, Chile.

INMÓVIL

Encerraron a todo el mundo

Levántate temprano, báñate y arréglate el pelo. Prepara un café, aspira los baños. Arropa a tus hijos. Toma el café y lee algo, aprovecha tu tiempo a solas. Que no se note el agobio. Besa a los niños y sírveles leche, ¿galletas de nuevo? Mejor fruta con yogurt, hay que ser una mamá saludable que incorpora frutas y no las echa al olvido hora por medio, ese es el mandato. No mires el celular, pregunta cómo durmieron, manifiesta interés. Míralos y siente que los quieres. Bebe un sorbo de café. Apúralos para que terminen de desayunar, la hora pasa. Arma las camas, mientras ellos se lavan y se visten. Corre a confirmar horarios de clases, desesperate porque no has leído. Ingresa a la clase equivocada de tu hijo y olvida la de tu hija.

Siéntete culpable por fallar como apoderada. Que te dé lo mismo, porque en realidad no importa. Estamos sanos. Confirma tu propio horario de clases. Por favor ¡lee algo! Revisa qué pasó con la aspiradora, que corre sola como un robot torpe. Pela una zanahoria, sofríe una cebolla con ajo para hacer una sopita liviana, no olvides ser saludable.

Un alto. De pronto encerraron a todo el mundo y yo quedé sorprendida porque estaba segura de que el virus no llegaría al sur. Aquí no pasan esas cosas. Y se detendrá antes, se tomarán medidas eficientes y la gente cooperará. Acatará las medidas y se logrará generar un anillo sanitario entre el último contagiado y la gente sana. Un anillo sanitario, sano y sanitizado que permitirá que volvamos a lo que estábamos justo antes del encierro. Sin embargo, nada de esto pasó. El anillo presentó una fisura por donde el virus se coló y, sin consideraciones por nuestros planes, nos mandó a todos hacia adentro.

Inmóvil. Estoy inmóvil, pasmada. La cosa no avanza. No quedan camas. Sonríe, tienes comida y techo. Sonríe, pagas colegio caro y acceso a internet. Sonríe, eres privilegiada. Una chica de Temuco sube al techo de su casa para tener mejor señal de internet y asistir a sus clases. Tú eres privilegiada. Pero me angustio y me rebelo. Me rebelo ante este encierro impuesto y no tengo a quién reclamarle. Cuando recuerdo que comprendo esto, me calmo un poco. Respiro profundamente el aire no contaminado de mi casa y me doy nuevos ánimos.

Levántate temprano, báñate al tiro y arréglate el pelo. Prepara un café...

Hoy llego hasta el café, ya habrá tiempo. Ahora quiero parar, pensar y tomar este café mirando por la ventana. El colegio, la universidad, el almuerzo, los niños, las compras, los enfermos y el virus tendrán que esperar. Pienso en mi abuela y agradezco que haya muerto hace un año.

Pasmada. Sigues pasmada y no sonríes. Abandona la dieta, date un descanso, lo que sea para gritar menos, para dejar de no tener ganas. Harina y azúcar, por favor. Un último esfuerzo, entregas los últimos cuatro trabajos y terminas el semestre. Estás sana. Sonríe. Ya casi terminas. El costo no importa. Cumple.

Otro semestre más. Otro semestre en encierro, esto no para. Las personas salen de vacaciones, están hartas. Tú no saliste de vacaciones, hay que cuidarse, hay que cuidarnos. Da lo mismo, porque el resto salió

y subieron los números. Tus esfuerzos son inútiles, absurdos. Estás fea, cansada, privada y los números siguen subiendo. No opines, calla, no opines porque eres privilegiada. Tu voz no importa, no tiene espacio. No cuenta.

Llama a tu hermana, entérate cómo están tus padres. No, no te interesa, pero infórmate. Es tu deber. Es otro de tus deberes. Retoma la dieta, estás hinchada, la copa de vino diaria causa estragos. Come sano, cuida a los niños, quíereles más. Ama a tu marido, tira con él. Te hará bien, tirar hace bien.

Calla. Yo quiero morir un rato

El silencio dura poco. El tiempo pasa. De pronto me pregunto: ¿Qué estaba leyendo? ¿Qué estaba viendo? ¿Qué estaba pensando hace uno, dos, siete meses? En los recuerdos recientes hay una neblina espesa, peor que la que impone el paso del tiempo, me cuesta recuperarlos y mientras más esfuerzos hago por llegar a ellos, más se pierden detrás del color blanco. Trataba de estudiar, eso sé. Por suerte estas discutibles miserias no me quitan el sueño. No recuerdo lo que veía en las pantallas, porque me dormía mientras intentaba vivir las aventuras de los protagonistas de series o películas. Perdí la cuenta de cuántas veces la Reina Isabel me contempló dormir. Intenté con la masa madre, con las pantuflas tejidas y la fotografía bordada. Con la primera no tuve éxito, la masa siempre lució un líquido grisáceo en la superficie, lo que interpreté como el fiel reflejo de mi alma. Las pantuflas resultaron mejor y los niños se deslizaban con estas obras de arte que hacía la mamá. Y definitivamente demasiada gente recibió fotos bordadas de regalo de cumpleaños. El afán. Siempre el afán. No perder el tiempo, ser productiva, no detenerse, el movimiento es vida. ¡Mentiras! Nos tuvimos que detener y me ha costado volver a andar.

En el ejercicio de partir de nuevo, doy tumbos. El desentumecimiento cuesta, sobre todo cuando hay que mover partes que no son músculos. Hay que arrojarse, como un infante, para largarse y andar. Pero a los cuarenta y tantos cuesta. O eso creo ahora. Aumenta nuestra rigidez y temor, y ensayamos pasos como mejor podemos. Pasos que se ven feos,

porque no tienen gracia estética, son torpes, atáxicos. Habrá que darles tiempo para crecer, para desarrollarse y mejorar. Como a todo.

Aunque camine feo, a veces me detengo y sonrío, por lo que avancé, por lo que retrocedí y por lo que viene. Ya nos acostumbramos y andamos mejor, aunque todo está más pedregoso y áspero. La vida está costando, la vida está violenta, la vida no es la misma. Pero nunca es la misma. Sólo que esta vez es un distinto a todos los distintos anteriores. Hoy una copa no estaría mal, para celebrar los tumbos. Hoy no importa ser saludable. Tal vez deban ser dos copas, para destacar los tumbos y aplaudir el aprendizaje, el proceso, el fracaso... y volver a andar.

MIRAR AL SER HUMANO

Primeros años

Mi mamá teje, aprendió de forma autodidacta, elaborando sus propios palillos con palitos de koyak cuando era una niña de ocho o nueve años. Nadie le enseñó a tejer, así es que se ubicaba a las espaldas de una tía, miraba sobre su hombro y memorizaba los movimientos que después repetía para replicar los puntos. Tiene una gran habilidad para crear piezas tejidas y es un pasatiempo que la ha acompañado toda su vida.

Cuando yo era pequeña, los juegos eran más físicos. Crecí en una época en que los niños y niñas jugábamos en la calle, en patines, bicicletas o saltando en un elástico... pero en la adolescencia tenía escaso permiso para salir, lo que acrecentó mi timidez y eso me llevó a ser una ávida lectora. Los libros pasaron a ser una compañía importante en una época bastante solitaria, así fue como *Cien años de soledad* se convirtió en mi favorito durante muchos años. Úrsula Iguarán y todos los Buendía me acompañaron por largo tiempo. La chilena Isabel Allende era otra infaltable, sus personajes protagónicos femeninos le regalaban un poco de libertad a mi retraimiento.

En la adolescencia, la psicología ya era mi interés de estudio, era mi deseo cursar la carrera, pero no fue hasta los 38 años que pude cumplir algo que ya se había convertido en un sueño, cuando pude entrar a estudiar la

carrera. Luego de dar un rodeo y haber completado Pedagogía Básica, de emigrar de Santiago a Osorno, de parir y criar a una hija y un hijo, decidí dar un paso hacia lo que hacía veinte años quería hacer. Postulé, ingresé, completé la carrera y hoy me encuentro ejerciéndola. Sigo estudiando, porque la responsabilidad es grande y el estudio no se detiene nunca.

Disfrutaba las clases y estar en la universidad. Compatibilicé la función de madre con los estudios, mis dos hijos en ese momento tenían seis y cuatro años. Para ellos al principio era un poco lejana la idea de que la mamá estudiara. Pero a medida que fueron creciendo, se enamoraron de la idea de tener una mamá que salía a buscar lo que quería desde hace tiempo. También tuve el apoyo de mi pareja. Sin embargo, la experiencia no estuvo exenta de dificultades, pues aunque en el ánimo familiar está la idea de que es importante “lo que hace la mamá”, en la práctica no siempre los espacios son respetados totalmente, sobre todo en el encierro de pandemia fue complejo. La disponibilidad 24/7 que demandan los críos, dificulta contar con espacios libres y encontrarnos encerrados, cada uno con clases frente a una pantalla y sin posibilidad de salir, acrecentó algo que creo que existe en cada casa: la cuidadora principal es requerido a toda hora y bajo cualquier circunstancia. Incluso desaparecer cinco minutos en el baño no es tan fácil, pues ahí llegan a golpear la puerta. Y, en mi caso, no tenía mucho que ver con la independencia de los niños, porque te buscan igual, sobre todo en un escenario en que respiras el mismo aire las 24 horas del día durante varios meses.

Por otro lado, el que hubiera una diferencia generacional no menor con el resto del curso, generaba ciertas incomodidades o dificultades con algunas situaciones. El modo de abordar y entender los conflictos es distinto en las diferentes etapas de la vida y eso se nota en la opinión y en la acción. Creo que no todos los problemas se resuelven de la misma manera, por lo tanto, realizar la misma acción responsiva cada año a distintas problemáticas, era algo que estaba lejos de ser lo óptimo para mí. Tomar acciones contestatarias para las diferentes situaciones por las que luchar de manera aislada, como si fuera lo único importante, sin mirar las distintas realidades económicas, sociales, geográficas que atraviesan las demás personas (aunque las causas fueran enarbolando esas banderas), era algo que no me acomodaba. Yo ya no estaba en esa etapa de mi

vida... y las demás no estaban en la mía. Pero es parte del juego, hay que aprender a moverse, aunque no es fácil.

Formación

Supongo que, desde la misma búsqueda más apasionada de la adolescencia, la psicología se abrió como una ventana interesante por donde mirar al ser humano: a esa que era yo y aquello que eran los demás. Pienso que la soledad te empuja a pensar mucho rato las cosas que vives, quién eres y en qué estás... Desde ahí fue natural para mí inclinarme hacia la psicología, nunca pensé en otra opción... Pero tuve que hacer otro camino antes de poder llegar. Y, si bien es cierto, la docencia me gusta mucho y jamás he descartado renunciar a ella, la psicología es la disciplina que siempre estuvo en mi cabeza.

Mujeres inspiradoras hay muchas, me acompañan desde sus ideas o trabajo, desde sus luchas u obras. Dentro de la disciplina, aunque no específicamente en el ámbito que profundizo, está la española Nazareth Castellanos, doctora en neurociencias; la fotógrafa Diane Arbus y sus retratos a lo “freak” de la sociedad; la periodista y escritora Joan Didion; Patti Smith y sus letras; Simone De Beauvoir y su propuesta subversiva; por supuesto las chilenas Violeta Parra, Gabriela Mistral, Juanita Parra y María Luisa Bombal, todas intensas, sesudas y transgresoras, y tanta mujer que te acompaña en el camino, abuelas, amigas, hermanas, compañeras de trabajo... Todas tienen en común el empuje, muchas veces la resistencia y el desafío a lo establecido, desde diversas veredas y con distintas realidades golpeando, pero todas hacen el aguante y generan movimiento significativo, antes o después, pero lo generan.

Desde otros oficios que me interesan, el cruce de la fotografía con la psicología me parece interesante, pero no he profundizado en los aspectos de esa unión. Por otro lado, la escritura ligada a la psicología es algo que he comenzado a hacer muy de a poco, más relacionado a trabajos de algunos programas de formación, pero tal vez en algún momento se unan para mí estas dos pasiones. Por ahora han ido más bien separadas

en mi ejercicio, pero mantengo el interés puesto en ambas. Las dos cosas son una buena forma de pensarse, de mirarse.

Supongo que la soledad de la adolescencia se me fue quedando y preferí trabajar a solas, aunque hay otros aspectos de la disciplina que me gustan más en grupo. El estudio es mejor compartido, aprender con y de otras personas es algo muy valioso para mí. Por eso la falta de presencia, de estar frente al otro, fue algo que me afectó tanto en pandemia. La clínica tiene las dos cosas: por una parte, trabajas bastante sola en la consulta, en la sesión con el o la paciente. Es un ejercicio muy privado. Pero ese trabajo tiene un aspecto compartido en el espacio de la supervisión clínica, aunque sigue siendo un “compartido” muy privado también, muy íntimo.

Creación

Pienso que todo eso se está construyendo, sería muy prematuro definir algo así como mi voz ahora. Estoy iniciándome en el ejercicio clínico, encontrando un enfoque, un color propio, que más allá de respetar aspectos fundamentales de la disciplina y el quehacer sea un sello que otras personas reconozcan. Tal vez eso lo puedan responder otras mejor que una misma, a veces tenemos cierta idea de cómo somos, pero quien está frente a ti puede tener otra, te lee de otra manera y te pone en distintos lugares también. Probablemente una característica mía sea tratar de tener la mente abierta, observando lo que pasa alrededor, pero todos tenemos nuestras piedras, con las que tropezamos continuamente. El enfoque o la línea teórica por la que me he inclinado en Psicología es el Psicoanálisis, y creo que una de las cosas que más me ha gustado, que te mantiene en constante revisión de esto, de ser abierto, sin (pre) juicio y sin censura. Y también permite cuestionar estados actuales, sin caer en *hashtags* ni tendencias de manera acérrima, con la posibilidad de pensar y repensar realidades, eventos, pensamientos.

Mi pasión es observar. Observar y hablar de lo observado, que al final es pasión y manía... Observar y escuchar. Fui una niña más bien callada, así que observar era lo que más hacía. Miraba al mundo adulto con el que crecí, después trataba de observarme a mí misma, luego volví a los

otros... y así me lo he llevado, observando, escuchando y hablando de eso que veo y oigo. Y en general todos los pasatiempos que tengo apuntan un poco a lo mismo: la lectura y la escritura son un viaje hacia adentro, en silencio, solitario. Algo hablado, pero con grafemas. La fotografía es observar, observar y registrar luz, y esa luz evidencia la sombra, lo oscuro. Es un círculo donde, al final, veo que la psicología ha sido algo central y permanente.

Trayectoria

En la creación de trabajos u obras, he tomado la escritura y la fotografía como puentes comunicativos. He participado en pequeños concursos con buenos resultados, que sirven como aliciente para seguir en la búsqueda de una voz, de lo que se quiere decir.

En la convocatoria de un concurso literario, el tema era el patrimonio, de cualquier tipo, geográfico, cultural, humano. Y lo que surgió en el ejercicio de escritura fue el del cuerpo, habitarlo, sufrirlo y vivirlo desde una corporalidad específica, definida, con sus ventajas y desventajas. Cómo vivir en un cuerpo determinado nos comunica con otras personas, cómo se relaciona ese cuerpo con su entorno, con los cambios temporales, climáticos, emocionales. Cómo a veces el cuerpo, a pesar de darte albergue, te desconoce y nosotraslo desconocemos también.

En fotografía, en cambio, el ejercicio fue mirar hacia afuera, la convocatoria era sobre Memoria y Derechos Humanos, en pleno estallido social, así que salí, con cámara en mano, a recorrer el centro de Osorno una mañana y registré rayados, roturas, vendedores ambulantes acomodándose. Una pareja de mujeres viejas instalando verduras, a las puertas de una tienda de *retail*, con un rayado a sus espaldas que decía: “El pueblo despertó”, fue lo que quise retratar. Me parecía tan contradictoria la imagen con el rayado, pero tan elocuente con lo que yo estaba pensando sobre lo que estábamos viviendo...

Las temáticas en la escritura son más bien personales, tal vez siempre lo son... Hablo de dolores antiguos, maternidad y agobio, soledad, las cargas del cuerpo. Quizás son los lugares comunes a los que se llega cuando

se hace el ejercicio de mirar(se), cuando sacamos el velo de lo cotidiano y quedan las penas al desnudo. Cómo avanzamos con el tiempo o cómo éste nos obliga a movernos es lo que siempre está.

Actualmente, mi trabajo está marcado fuertemente por los estudios, así que la producción apunta a materias relativas a la psicología, que responde a una exigencia universitaria. Sin embargo, hacia adentro, la reflexión está orientada a lo personal, a cómo unir las materias de estudio con el ejercicio profesional y con lo que uno es como ser humano, mirar cómo se está caminando.

No sé si aparece una mirada de género en mi trabajo explícitamente, como un reclamo abierto, sí está presente en la exposición de todas las tareas, responsabilidades, carencias y dificultades que podemos tener, como seres humanos de sexo y género femenino, ya sea cumpliendo el rol de hija, madre, trabajadora o amante. El relato detallado de los dolores, pasiones o labores es visto desde una perspectiva femenina, aunque muy particular, pues responde a mi propia subjetividad. No pretende ser la voz de muchas, aunque algunas encuentren un eco en mis letras o fotografías.

Me interesa conocer a otras personas más profundamente. Prestar oreja y atención para que hablen y se abran lo más honestamente posible, aunque sea brutal, feo, molesto o inadecuado lo que digan. Acompañar sus procesos y facilitar que saquen lo que no se dice en otra parte. La entrega y confianza que la otra deposita en ti ha sido una gran enseñanza y me honra ocupar ese lugar. Mis intereses son varios y variados, y a veces es un problema porque me dificulta poder focalizar. La escritura es un buen ejercicio que, aunque no es parte fundamental de lo que hago, ayuda y presta herramientas valiosísimas de forma muy generosa. La fotografía también es un aporte, porque te ayuda a observar, a ajustar el ojo y ver otras cosas, logrando captar pequeños detalles o pequeños momentos que cambian una historia. La narrativa que surge al unir fotografía y bordado es riquísima, pues logras contar algo pasando hilos sobre alguna imagen en el papel, entonces complementas dos formas expresivas. Todos mis intereses apuntan a contar, a narrar, a hacer la historia con una u otra técnica.



POR CAROLINA FUENTES AMPUERO (PUERTO VARAS, 1985)

Kinesióloga, Universidad San Sebastián.
Magíster en Terapia Manual Ortopédica, Universidad Andrés Bello.
Académica del Departamento de Salud, Campus Puerto Montt,
ULagos, Chile.

EL FUEGO QUE ABRASA

Me agito cada vez que subo escaleras rápido, desde que nació he vivido con sobrepeso. Ando casi siempre en directa y pasada en revoluciones. Como cada día, saludo personalmente a cada una de las personas que trabajan en mi piso. Ese día me acerqué a saludar a las enfermeras y no quisieron acercarse ni a darme la mano. Me dijeron que ya había llegado a Chile y que nos íbamos a cuarentena. Qué importa, dije yo, y me fui a liderar una reunión de campo clínico para mejorar los procesos de la atención de usuarios en la Clínica Kinésica de la Universidad. Qué risa me da ahora pensar en que tratábamos de mejorar la calidad de nuestras atenciones y prácticas presenciales cuando llegó el comunicado de que

antes del mediodía teníamos que abandonar la universidad y trabajar desde nuestros hogares. Pensé que había un error, algo había leído y escuchado, pero no veo muchas noticias ni nada, entonces no lo podía creer.

Y listo, de golpe y porrazo llegué a mi casa a trabajar. Inmediatamente me informan del colegio que las niñas ya no podían asistir y que enviarían por correo las tareas. ¿Qué cresta estaba pasando? Yo, una mujer de rutinas, de horarios y hábitos. Al carajo todo.

Qué angustia, mi primera ida al supermercado en pandemia. Solo dos litros de leche, un kilo de harina y diez yogures. Entré en pánico, cómo iba a alimentar a las niñas por quince días. Ya me imaginaba las rabietas porque se había acabado el yogurt. Qué ilusa. Aún no sabía que ese sería el menor de los problemas. No estaba preparada y mi nevera tampoco.

Mi vida hasta ese minuto era una rutina interminable entre el trabajo, la casa, las niñas, las responsabilidades. Pero todo eso se rompió de golpe y pasamos a otras rutinas.

Almorzábamos comida casera, pastel de choclo, en ese nivel culinario nos encontrábamos. Después no quedaban unos minutitos de paz para sentarnos en el sillón del living a regalonear, como dicen mis niñas. Desconozco si a alguien más le pasó, pero entonces mantuvimos las cortinas del living abiertas y sin visillo. Creo que nuestra intención era poder ver más en detalle la vida que ocurría afuera, aunque en realidad no pasaba nada. Las casas del vecindario y la calle misma no cambiaban. “Mira, los vecinos se levantaron, ya prendieron sus luces”, pequeños cambios eran una tremenda novedad.

Primero lo escuché, fuertes golpes en la ventana, y luego lo ví: una mujer muy asustada golpeando y gritando en mi ventana. “¡Señora, señora, necesitamos ayuda!, venga, la cocina está ardiendo”.

Había mucho humo. Sacamos a las personas, a los seres vivos y luego los documentos importantes y alcanzamos a rescatar algunas cosas de mayor valor económico. Cerramos ventanas y puertas, y aislamos el fuego...

Mi cabeza se movía más velozmente que mi propio cuerpo.

Después pasó lo de mi hija. Criar una niña de tres años en confinamiento es todo un desafío, sobre todo si tiene más energía que el sol, una mente de intensos pensamientos, una actitud de optimismo y aventura en sus

genes. Estoy hablando por teléfono con el profe de inglés de la carrera, me escondo al fondo de la casa para hablar tranquila.

Desde lejos escucho que mi marido me está llamando, su voz suena preocupada, como no respondo, lo veo acercarse a buscarme. Cuelgo el teléfono, algo grave está pasando.

Me relata que escuchó a nuestra hija menor pidiéndole ayuda a nuestra hija mayor a escondidas de él, que la interrogó sobre lo que está pasando y le devolvió que tiene una perla de un collar de juguete metida en la nariz.

De golpe recuerdo que ese collar se rompió hace días y que yo misma barri y recogí las perlititas.

¿Qué hacían ahora en su nariz? ¿En qué momento recogió una? ¿Dónde la guardó todos esos días? ¿Y por qué ahora estaban en su nariz?

La niña no decía nada, pero tenía cotones en su mano. Al parecer había querido sacar la perlita con los cotones pero se la terminó metiendo más adentro, apenas se veía la perlita rosada al fondo de su naricita.

En una situación normal, llevas a la niña a urgencia, le sacan la perlita y listo. Pero estábamos en pandemia, en cuarentena, en confinamiento, con las urgencias colapsadas, con imposibilidad de salir del hogar sin permiso, con miedo a contagiarnos y estábamos a minutos de acudir al lugar donde mayor era la probabilidad de encontrar a gente enferma.

Nadie habló en ese viaje, entré a la clínica con mi pequeña, la doctora me dice que quizá tenga que ingresar a pabellón, que intentará sacar la perlita en la misma urgencia. Hace varios intentos y finalmente me pregunta si puede intentar hacerlo a la antigua. ¿Qué querrá decir con eso? Accedo y veo cómo le mete un clip por la nariz y saca la bendita perla.

Mi niña traviesa no llora, no se queja, no se mueve. Volvemos a casa. Dejamos esa preocupación y pasamos a la siguiente. ¿Será que en esta salida nos contagiamos?

La culpable confesó, tenía un puñado de perlititas guardadas en una zapatilla en el closet, según ella se la había metido a la nariz para guardarla ahí y no las encuentre mamá ni las tire a la basura.

INVESTIGACIÓN INQUIETA

Días de campo

Gran parte del conocimiento y valoración de la cultura que existe en mi familia viene de romper con lo común. Mi madre fue criada por su abuela. Mi madre y sus hermanos la recuerdan como una mujer de campo que lideraba su entorno familiar, que vivía de la tierra, que tenía un especial interés en mantenerse informada, y que cuidaba cada recurso bibliográfico que llegaba a sus manos, como libros, periódicos y cartas. Mi bisabuela ayudó a su comunidad a contar con una escuela de campo, brindándole educación a sus nietos y vecinos. Esas pequeñas acciones son grandes cambios de transformación en las familias y comunidades, que se van heredando y traspasando de generación en generación.

La investigación formal en mi familia no existe, pero siempre hubo, hay y habrá un espíritu de investigación en mi familia. Mantenerse informado es una cultura que se hereda, se traspasa y se da como ejemplo. Sé que desde mi bisabuela en adelante se motivó a cada infancia a nutrir sus conocimientos, ya sea a través de la experimentación o la lectura. Para mi familia materna el conocimiento era y es un pilar fundamental en la crianza y educación de la niñez.

Afortunadamente fui criada por una mujer que me permitió explorar el mundo para satisfacer mi curiosidad, ayudada por el entorno, crecí en el campo, camino a Ensenada, en el sector La Fábrica, y la mayor parte de mi día a día fue en contacto con la naturaleza, los animales y los jornaleros de la familia: mi abuelo, mi padre, mis tíos.

Una forma muy familiar de investigar en mi familia era la lectura. Cada fin de mes para el pago del salario de mi padre visitábamos Puerto Varas para abastecernos y hacer el pedido del mes. Por años, el único regalo que se hacían mis padres era la revista *Mecánica Popular*, leída los domingos por la tarde por mi padre, y la revista *Selecciones* que mi madre hojeaba antes de dormir.

Mi padre estudiaba cada uno de los inventos o temáticas de la revista y fui testigo de cómo replicaba esos conocimientos en su taller, fabricando máquinas, utensilios, aparatos y reparando toda clase de artefactos.

Creaba muebles de mimbre. Una vez le hizo una mecedora a mi mamá para que tomara sol en el patio. Para el mueble de mimbre cultivó primero las plantas, y luego extrajo el recurso. Todo eso por iniciativa propia y sacando ideas de sus lecturas y temas de interés.

Por su lado, mi madre distraía su mente en maravillosas historias de superación y perseverancia, y la escuchaba reír a carcajadas con la sección de humor.

Hace pocos años, mis padres hicieron una limpieza de bodega de donde sacaron cajas y cajas con las colecciones de sus revistas, y conservaron una acotada cantidad de ejemplares en memoria de aquellos años de crianza. Mi padre pudo haber sido sin duda un gran inventor o ingeniero y mi madre una gran médica o científica, pero la oportunidad que no tuvieron ellos la tuvimos su descendencia.

Cuando niña no lo entendía de esa forma, pero recordando, puedo decir que quizá lo que más disfruté fue haber tenido la oportunidad de ser y jugar libre, y sobre todo tuve libertad en el pensamiento, en la imaginación, en la creación y en la experimentación.

Hay algunos hechos que hoy entiendo fueron significativos para mi futuro profesional. Vivir lejos de la ciudad tenía muchas ventajas desde muchos puntos de vista, pero también grandes desventajas. Mi casa se ubica a pocos metros de una carretera rural pavimentada con poca verma, entre dos curvas que se unen por una recta de pocos metros que baja en el espacio en relación a la tierra donde se encuentran las curvas. Solo en ese tramo de carretera recuerdo escuchar, presenciar y ser testigo de tres accidentes de tránsito en mi niñez.

El primero ocurrió una tarde de sol, probablemente en primavera. Yo miraba por la ventana el atardecer más allá del fin de la carretera y de pronto sentimos un fuerte ruido, inmediatamente vi rodar un jeep varias veces hasta que se detuvo boca abajo frente a mi casa. El conductor iba solo y con cinturón de seguridad. La primera persona en salir a ayudar, sin siquiera pensarlo y mucho antes de que terminara de dar vueltas el jeep, fue mi madre.

El segundo fue un auto que se desvió del camino a alta velocidad y cayó en una zanja profunda que se encontraba al otro lado de la carretera. También el ruido de las ruedas en el pavimento y los golpes del auto sobre

el suelo nos advirtieron que algo malo pasaba, pero ahora no solo mi madre salió rápidamente a ver lo que sucedía. Recuerdo que mi padre, uno de mis hermanos y yo nos acercamos al lugar. El vehículo había desaparecido entre las matas de coligues y escuchamos gente gritando y pidiendo ayuda, entre todos ayudamos a sacar a las personas atrapadas. Siempre nuestros padres nos pidieron en estas circunstancias que volviéramos a casa, pero la curiosidad crecía con algo tan inusual en un lugar donde la mayor parte del tiempo había paz.

El tercer accidente fue un choque por alcance o frontal. Tengo imágenes en cámara lenta, fotos que aparecen en mi mente como un flash, mi madre corriendo en medio de la carretera, yo detrás, ella gritándome que vuelva a la casa, que no mire, que no vea, mi madre sentada a horcajadas sobre el conductor afirmando su cabeza, los vecinos llegando a ayudar, la ambulancia, el rostro del conductor ensangrentado, consciente pero desorientado, mi madre dando órdenes. No fue fatal, y el conductor no sufrió fracturas ni lesiones graves. Con frecuencia recuerdo estas personas y me pregunto qué habría sido de ellas, si recuerdan que fueron ayudadas por mi familia.

Mi madre siempre conservó la calma frente a estas situaciones, tomó el liderazgo y logró controlar el miedo y la preocupación para lograr ayudar. Sin embargo, hubo una oportunidad en que se quebró.

Era una tarde gris de invierno. Luego del almuerzo, estábamos toda la familia reunida en casa. Repentinamente llegó un niño de menos de diez años corriendo a pie descalzo, pidiendo ayuda. Al poco caímos en cuenta de que su casa ardía. Mis hermanos, mi padre y mi madre salieron corriendo con extintores a socorrer a la familia, pero antes de irse me dieron la misión de llamar a bomberos. Había solo dos casas en los alrededores con teléfono. En mi primer intento el bombero que me contestó pensó que era mentira, que yo bromeaba. Volví a llamar, esta vez tomaron el llamado y al rato llamaron de vuelta para corroborar que la situación era real, se terminaron convenciendo cuando escucharon la explosión del cilindro de gas. Esa explosión ha quedado en mi memoria, un fuego que superó la altura de los árboles, con la forma de la bomba de Hiroshima, un color naranja se llevó todo lo poco que quedaba de la casa. Media hora después llegaron los bomberos, cuando ya no quedaba

nada de una hermosa casa de dos pisos de tejuela de alerce. Más de veinte personas quedaron sin hogar ese día: mujeres, hombres, abuelos, niños, niñas y bebés lloraban su desgracia.

Mi madre fue de las primeras en retirarse, llegó a casa, se sentó en el sillón del living y lloró como nunca la había visto llorar, derramó muchas lágrimas por la impotencia de lo sucedido, me senté a su lado y tomé su mano, mi hermano menor se sentó al otro lado y acompañamos su pesar por un buen rato. Afortunadamente nadie salió herido, pero como decía anteriormente, hay varias desventajas de vivir en el campo.

Otra dificultad que debíamos sortear era cuando nos enfermábamos. Durante nuestra infancia, íbamos muchas veces al médico, muchas horas en la sala de espera (para mí esperar a ser atendida era una eternidad), pero la espera valía la pena porque me encantaba ir al médico. El médico en cuestión era alto, de manos grandes, sonrisa amplia y sin duda el mejor pediatra que he conocido.

Mi madre llegaba con el diagnóstico listo y se lo decía de entrada al médico. Él con su paciencia habitual nos examinaba, y terminaba estando de acuerdo con la hipótesis inicial.

Con el pasar de los años, los cuidados de salud de la familia iban cada vez cayendo con mayor frecuencia y pesar sobre los hombros de mi mamá, y yo la acompañaba con mayor frecuencia y curiosidad en el cuidado de mis abuelos, tíos, hermanos. Hoy soy yo la que tomó ese rol, con mis primos, primas, tías, tíos y con mis queridos sobrinos y sobrinas. Pero ahora no solo me acompaña la intuición, sino también los conocimientos profesionales de ser kinesióloga.

Vivir en el campo toda la infancia es un privilegio que enseña muchas habilidades para la vida. Algunas de ellas contemplan el amor, el respeto y el conocimiento de la naturaleza y los animales. Experiencias emocionantes de aquella época era acudir a ver los partos de las vacas, las yeguas, las cerdas, o contemplar las vacunaciones, los destetes de los terneros, entre otras muchas cosas.

Inquieta y libre

Crecí en el campo, pero estudiaba en la ciudad en un colegio subvencionado. En los primeros años de escolaridad, me gustaba aprender cosas nuevas. Era curiosa. Con los años comencé a tener más inclinación por las actividades donde me movía: amaba los recreos, jugar, correr, compartir con otros niños y niñas y, por supuesto, fue tomando mayor valor la clase de Educación Física. En ella me sentía nuevamente libre, siendo criada en el campo pasaba poco rato quieta y la sala de clases se me hacía pequeña, hasta que llegaba la hora del recreo o de Educación Física y me florecía el alma.

En los años 90, se creó un programa en el Ministerio de Educación y se financió la instalación de las salas de Enlace en los colegios. Lo recuerdo bien, porque fue un evento popular la primera vez que visitamos las salas y pudimos explorar un computador. Para muchos de mis compañeros era la primera vez que veían un computador. En mi caso no, porque mis papás, meses antes, habían comprado con mucho esfuerzo el primer computador de nuestra familia. Lo instalaron en mi pieza. Al principio era un objeto intocable, mi mamá me vigilaba todo el tiempo para que no lo usara si no estaba mi papá presente, pero a escondidas yo lo encendía y leía la enciclopedia Encarta. Eso me ayudó muchísimo para ir varios pasos adelante en las clases de computación de mi colegio.

Ya en Enseñanza Media pude controlar mi necesidad de movimiento más eficientemente, y se acentuó la parte científica en mis preferencias: las clases de ciencias, biología y química también las disfrutaba mucho.

Como personas adultas, hoy tenemos una gran responsabilidad, sobre todo porque hemos desaprendido a escuchar a las infancias. Para ayudarles a encontrarse, debemos poner mayor atención a lo que comunican, darles más libertad para expresión, para explorar, para curiosar, para investigar en el mundo externo y en el mundo interno.

Durante mis últimos años de colegio, una prima mayor que yo vivió en mi casa. Cuando terminó cuarto medio se puso a buscar trabajo en el diario. Vimos juntas una oferta laboral en una tienda de ropa y sin contarle a nadie escribí mi currículum y lo envié para postular. Me llamaron para la entrevista y fue todo muy inesperado porque no era mayor

de edad. Trabajé todo un verano y con el dinero que reuní me pagué el preuniversitario. A partir de ese momento, nunca dejé de trabajar. En la universidad fui part time en una tienda de ropa, transcribí entrevistas para una periodista y fui ayudante de varias asignaturas en la universidad. Todo esto para ayudar a pagar mis estudios. A diferencia de mis compañeras y compañeros de curso, no tuve muchos fines de semana libres ni vacaciones. Si bien en ese sentido fueron años duros y de mucho trabajo y estudio, me sirvieron para prepararme para la vida laboral.

Aunque económicamente no era imprescindible que yo trabajara, mis padres me dieron esa libertad y se los agradezco mucho. Me sirvió para mejorar mi seguridad y para demostrarme que, pese a mis cortos años, podía adaptarme en un ambiente laboral competitivo. Todas estas experiencias fueron instalando en mí una necesidad de saber más, de hambre de conocimiento, que mantengo hasta el día de hoy y que me motiva cada día en mi trabajo y sobre todo en mi vida personal.

Del esfuerzo a la gratitud

Siempre me llamó la atención la medicina, pero mi realidad personal y familiar no me permitieron estudiar esa carrera. Un día recibimos a una persona de visita y me preguntó qué quería estudiar. No recuerdo lo que respondí, pero ella me dijo que su nieta había estado en terapia kinésica y que le había hecho muy bien el tratamiento. Fue entonces que me puse a investigar de qué se trataba la carrera.

Ya sabía que quería algo relacionado con la medicina pero descubrí que kinesiología también estaba ligado al deporte y fue la combinación perfecta para mí.

El primer día de universidad para una persona es como el primer día de clases de un hijo para una mamá, o así me sentía yo. Recuerdo casi todo: llegué con la inocencia pura de la hija mayor de un matrimonio sin estudios superiores, que había pasado toda su vida en el campo y que había estado desde kínder hasta cuarto medio en un colegio de monjas franciscanas. Nunca me ha costado conocer gente, pero esos años me costó hacer amistades verdaderas. Incluso sufrí algo de matonaje y con

el tiempo me di cuenta de que algunas personas solo se acercaron a mí porque me iba bien. El primer año no logré hacer amistades verdaderas. Mis compañeros eran competitivos y envidiosos, y yo era de las más humildes porque era una universidad privada con un arancel caro. Ellos no eran del mismo estrato socioeconómico del que yo venía. Creo que les molestaba que a una chica de campo le fuera bien, entonces eran hostiles. Con los años, logré hacer amigas que mantengo hasta el día de hoy.

Yo no recibí ninguna beca. El primer año lo pagué con crédito, y empecé a trabajar en tiendas en el mall a los 17 años, primero para pagar el preuniversitario, y luego la universidad. El segundo año comencé a hacer ayudantías y a transcribir entrevistas de una periodista. En tercero tenía tres trabajos y estuve a punto de echarme algunos ramos. En esa época no me daba cuenta de la presión que asumía. Yo no carreteaba, era la ñoña del curso, la más fome, y no era porque no me gustara, sino porque no me daba el tiempo.

A pesar del acoso, hice otras amigas y amigos que perduraron en el tiempo, incluso hasta hoy. Siempre estudié en grupo, tengo hermosos recuerdos de días enteros estudiando, compartiendo y creciendo, sobre todo con amigas mujeres. Nos acompañamos no solo en el estudio, sino también en los problemas personales y en los del corazón. Hoy cada una de ellas es un ejemplo de integridad y fortaleza, veo a mis amigas de la universidad siempre que observo a mis estudiantes mientras trabajan en mis clases, espero que cada una de ellas también se transforme en mejores personas durante la universidad.

Lo más relevante de esta etapa es que nunca dudé de que me convertiría en kinesióloga ni de que sería docente. Disfrutaba de explicarles a otros la materia, incluso a partir de segundo año hice varias ayudantías en diversas asignaturas, y también fui una gran cuestionadora del sistema y de mi profesión. Eso me llevó constantemente a la biblioteca, donde pasé gran parte de mi formación leyendo. Lo que no encontraba en los libros lo buscaba en mis docentes, preguntaba y participaba en clases. La curiosidad era mi mayor motor, incluso en una ocasión ayudé a hacer el inventario de los laboratorios y descubrí muchos implementos que no usábamos en clases o que eran desconocidos hasta esa fecha para mí. Pero gracias a esas cosas, me fui armando una opinión profesional de

mis docentes y futuros pares, que me dieron la oportunidad más tarde de trabajar en la docencia universitaria.

Investigación en salud

No es desconocido que para una mujer es más complicado organizar los tiempos y las prioridades en su día a día, porque muchas de las responsabilidades familiares recaen en una. En ese sentido, mi mayor dificultad para convertirme en investigadora ha sido que no he podido responder a las demandas que requiere investigar, como lo es dedicar largas horas de trabajo y estudio fuera del horario laboral. En mi área, quienes investigan logran mejorar sus resultados porque dedican mucho tiempo fuera de la jornada laboral, lo cual para mí es casi imposible.

Sin embargo, estoy iniciando mis procesos creativos en lo que a investigación se refiere y hoy me encuentro en un nicho de trabajo conformado solo por mujeres, la mayor parte de ellas madres, esposas y dueñas de casa, profesionales y kinesiólogas. Sin embargo, espero que naturalmente en el camino iniciemos lazos con las pedagogías en educación física y la salud pública.

Las pequeñas experiencias en investigación que he tenido han estado relacionadas con un enfoque en la rehabilitación, palabra madre de la kinesiología. Participé con mucho entusiasmo y cariño en un Semillero de Investigación donde buscábamos mejorar la adherencia terapéutica de los usuarios de la Clínica Docentes Asistencial de la Carrera de Kinesiología en Puerto Montt a través de la implementación de una página web con videos de ejercicios e indicaciones kinésicas para realizar en el hogar. Nació de esta instancia kineindica.ulagos.cl. También participé de un Proyecto de Ciencia Aplicada sobre la Implementación de un Protocolo de Neuro-rehabilitación en pacientes con ACV isquémico agudo en unidad de paciente crítico, que lamentablemente no pudo finalizar por la pandemia. Y actualmente participo de un Proyecto de Redes Territoriales de Investigación, RTI, que tiene como objetivo el diseño de una Guía de Actividad Física para niños preescolares. Cada uno de estos proyectos

estuvieron ligados más bien a un tipo de investigación cuantitativa, con enfoque en la rehabilitación de comunidades locales.

Estoy explorando y desarrollando esta cualidad académica. Lo que me ha motivado a participar en estas instancias ha sido la curiosidad, no solo del conocimiento nuevo que puede emanar de ellas, sino también la necesidad imperiosa de vivir experiencias nuevas, como cuando se es niña. Ganas de saber, ganas de vivir, ganas de experimentar cosas nuevas, ganas de colaborar y por supuesto de desarrollarme intelectualmente y profesionalmente.

Necesariamente mis preocupaciones de madre se han cruzado con las ideas de investigación. Mi primer año de egresada quedé embarazada de mi hija mayor. Y como madre tengo una preocupación con la alimentación de mis hijas. Afortunadamente, ellas son saludables y delgadas, pero siempre está la idea de que no coman tanto dulce o de que hagan ejercicio. Investigar sobre este tema hoy me apasiona, porque permitirá que muchas familias cuenten con un recurso concreto para prevenir enfermedades crónicas infantiles como la obesidad, mejorar los aspectos psicomotrices de las infancias y educar a la población sobre cómo llevar una vida más saludable y de buena calidad.

Una investigación curiosa

Desde siempre me he cuestionado qué significa ser investigadora. Desde la academia es ciertamente conocido su quehacer. Sin embargo, la palabra investigación para mí tiene otros tintes menos estandarizados y más transversales. Para las infancias, investigar debería ser sinónimo de satisfacer la curiosidad, algo propio de las personas, muchas veces subestimado en la crianza y en el sistema educativo.

Personalmente, puedo decir que la investigación ha sido una forma de expresar libremente mis inquietudes, de satisfacer mi curiosidad, pero más importante aún: me hace sentir que podemos aportar a la salud de las personas y hacer algo útil por nuestra sociedad.



POR MARÍA PAZ SEPÚLVEDA BARRIENTOS (VALDIVIA, 1983)

Terapeuta Ocupacional, Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso, Chile.

Licenciada en Ciencias de la Ocupación Humana, Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso, Chile.

Magíster en Docencia para la Educación Superior, Universidad Andrés Bello.
Académica del Departamento de Salud, Campus Puerto Montt, ULaagos, Chile.

LA CONCEPCIÓN

Llegó el verano y con ello un estado de calma. Durante las vacaciones, junto a Diego, viajamos por unos días al norte, y de regreso, con nuevos aires y claridad, concebimos a Maya Sayén Aurora que significa –interpretando la diversidad cultural de sus palabras- ilusión de una flor al amanecer.

Durante el mes siguiente, en marzo del año 2020, se anunció estado de emergencia sanitaria. Con esto comenzaban las incertidumbres de gestar y ser madre en pandemia. Las interrogantes: ¿Cómo serán los controles

médicos? ¿Podré tener mi parto como yo quiero y en compañía de mi pareja? ¿Será el momento adecuado para traer una hija o hijo a este mundo?, y otros miles de cuestionamientos que de a poco se fueron aclarando.

Rápidamente comenzaron los cambios, no solo a nivel personal, corporal, hormonal y emocional, sino también laboral. Pasar del trabajo presencial al nuevo mundo del teletrabajo y la virtualidad en docencia fue todo un desafío. Estaba acostumbrada a trasladarme todos los días a la universidad y dar clases a estudiantes de Terapia Ocupacional, como formadora de futuros profesionales de la salud, promoviendo acoger y rehabilitar a poblaciones vulnerables, donde la comunicación y el contacto físico se vuelven fundamentales para establecer el vínculo terapéutico. Por ende, las habilidades blandas se entrenan y aprenden en la práctica misma del día a día, junto al otro u otra. En el nuevo contexto virtual, se torna más difícil entregar estas herramientas, todo se vuelve más frío y mecánico, sin el mismo calor humano. Falta el tinte de las vivencias cotidianas en las aulas de clases.

El Covid-19 venía en aumento, comenzaban las cuarentenas y los toques de queda, y además se avecinaba el invierno. Me fui a vivir temporalmente el confinamiento junto a mis suegros, en una casa cómoda en un barrio sereno, cambio positivo, ya que vivía en un departamento pequeño en un quinto piso y sin acceso a ascensor, por lo que con mi cuerpo cambiando, con mayor cansancio, llegaba lengua afuera cada vez que me tocaba salir a controles o algún trámite, además tratando de no tener contacto físico con muchas personas, por mi estado de resguardo prenatal y los temores de contagiarme del virus.

Dejé el departamento y me estresé, dado todo lo que implica una mudanza, tener que ordenar, limpiar, y deshacerse de objetos y recuerdos para entregarlo, dejar atrás la rutina, la vida que acostumbraba. Acomodarme a una nueva dinámica familiar significó tener menos intimidad, pero me sentí muy acompañada.

En las noticias y balances diarios solo se hablaba de enfermedad, amenazas y muerte, lo que me provocaba miedo e incertidumbre. Busqué realizar nuevas prácticas que apoyaran mi salud física y mental. Ingresé a talleres semanales de danza integradora, que me desconectaban del acontecer diario. El baile me desestresa, me hace sentir libre, y además

comencé con un taller de yoga. Espacios de autocuidado que, dada la contingencia, se comenzaron a desarrollar en modo virtual. Me mantuvieron en movimiento, vitalizando momentos de continua transformación.

Paralelamente fui participando de cursos y webinar sobre temas de embarazo, adquiriendo conocimientos, confianza y seguridad para tener un parto respetado. Primero lo conversé con mi médico y aceptó el desafío, me derivó a su matrona, con quien tuve consejerías y acompañamiento.

A pesar de estar muy cómoda en la casa de mis suegros en esta época social compleja, teníamos claro que debíamos empezar a formar el nidito y encontrar el espacio para la llegada de la bebé. Con mi pareja comenzamos a buscar un lugar cercano y encontramos un departamento en un segundo piso, a cuatro cuerdas de la casa de mis suegros, a buen precio, con mucha luz, buena vista y frente al parque Violeta Parra, que colinda con el río Bío-Bío, qué mejor. Así fuimos armando un hogar, con la panza cada vez más gordita. Se acercaba la fecha de parto y había que decidir el lugar adecuado para recibir a nuestra bebé, el Covid-19 tenía a todas las clínicas en un máximo resguardo y burocracia, no se podían visitar las salas de maternidad ni el padre asistir al parto. Finalmente nos quedamos con la única clínica que nos permitía llevar a cabo nuestro plan de parto respetado, estando más horas en compañía, y nos sentimos afortunados de que eso pudiera ser así.

A la hora de once ya me sentía rara, le dije a Diego: “Se viene el encuentro”. Fue toda una noche de contracciones, me acosté con un dolor que fue en aumento, me daba vuelta de un lado para otro en la cama. No aguanté más y me tuve que levantar a las dos horas, tomé agua y empecé a movilizarme en la pelota terapéutica. Las horas pasaban veloces. Al amanecer estaba lista para partir a la clínica, le avisé a la matrona y ella me dio todas las recomendaciones para irme tranquila. Mi suegro nos llevó en auto con los bolsos que ya estaban preparados hacía varias semanas, con las mudas de ropa y la lista de cosas necesarias que se podían utilizar.

Llegamos a la clínica justo antes que se rompiera la bolsa, me trasladaron a la sala de parto respetado, la iluminación era tenue y con implementos como balón terapéutico y mat de yoga, para tener diversas posiciones y estar en movimiento, con la ayuda de la matrona que me guiaba y alentaba para pujar. Ya no daba más, era un estado extremo de emociones,

entre música y aceites aromáticos para amenizar el ambiente, llevamos hasta la guitarra, cada implemento hizo lo suyo. Luego de un par de horas de arduo trabajo de parto, donde le veía correr la gota al médico, llegó a este mundo Maya Sayén Aurora. Salió con sus grandes ojos abiertos, observando todo a su alrededor. Me la pusieron en el pecho y empezó a succionar mi pezón, la sensación de amor y felicidad cubrieron el dolor de dar a luz en un parto natural.

Estando en posnatal, supe que abriría durante el año 2021 la carrera de Terapia Ocupacional en la Universidad de los Lagos, en su sede de Castro y campus Puerto Montt. Revisé las bases del concurso, no lo pensé mucho y postulé, ya que una de las cosas que tenía pendiente era volver al territorio que me había visto nacer, a devolver la mano.

Volver a laborar en pandemia, con una bebé de siete meses, no era nada fácil. Un carrusel de emociones acompañaron este proceso de aprendizaje diario, cuidar a una pequeña criatura que se alimenta de ti, despertar dos, tres veces por noche a amamantar, estar dispuesta cien por ciento, las hormonas disparadas, responder a las demandas de una casa y de un horario de trabajo que involucraba levantar una carrera, tomar decisiones como directora, estar en reuniones virtuales y hacer clases en esta modalidad es todo un reto.

Una de las grandes problemáticas que siempre ha existido pero que la pandemia visibilizó aún más, es la carencia no resuelta en el ámbito de la salud mental en nuestra sociedad. Por ende, la primera actividad de vínculo con el medio que desarrollamos con las y los estudiantes de Terapia Ocupacional del Campus Puerto Montt tuvo relación con estrategias para el autocuidado, con el fin de transmitir las mediante intervenciones de tele-salud a cuidadoras de adultos mayores postrados del programa PADAM (Programa de Atención Domiciliaria del Adulto Mayor) del Hogar de Cristo de la provincia de Llanquihue. Se realizaron sesiones de relajación mediante ejercicios guiados de forma remota, a través de videollamadas se entregaron tips para llevar una rutina diaria saludable en pandemia junto a sus familiares.

Sin duda fue una experiencia confortable de promoción de la salud y prevención de enfermedades: las participantes estaban agradecidas y satisfechas por el aprendizaje relativo a sobrellevar su carga física y

mental como cuidadoras de personas dependientes. Junto a ello, las y los estudiantes habían practicado como futuros/ras terapeutas ocupacionales, sabiendo que el esfuerzo y la entrega de a poco va generando frutos.

ENTRE MAREAS ONDULANTES

Muchos momentos de mi infancia los pasé acompañada de mi hermana, dos años mayor que yo. Salíamos a jugar por las plazas de Ancud, donde nos reuníamos con otros niños y niñas para disfrutar las tardes hasta el anochecer, siempre muy sociables, alegres y atrevidas a la aventura. Conocí a varias amigas en clases de ballet, que tenía dos veces por semana. Los sábados jugaba básquetbol en la selección infantil de mi colegio, lo que me llevó a conocer otros lugares de la Región de los Lagos, participando en diversos campeonatos. Tengo el recuerdo vivo de ver a mi padre leyendo por las tardes, cuando volvía de hacer clases en el Liceo Técnico Profesional “El Pilar” de la ciudad de Ancud, le gustaba leer novelas y escuchar música de los años sesenta, así se quedaba dormido en el sillón del living de la casa. Mi madre, profesora normalista, salía temprano y volvía tarde de la Escuela Rural en la que trabajaba. En mi juventud, comencé a participar en actividades sociales, talleres y de grupos, entre ellas integré un grupo de scouts y una compañía de teatro callejero, donde representé a la *Pincoya* sobre zancos, mi vestuario era un vestido muy largo que tapaba los zancos, con una corona de conchitas que yo misma confeccioné luego de recolectarlas en la playa. Creo que por aquí comienza mi gusto por el arte y la cultura, donde hasta el día de hoy estoy inmersa.

De la isla al puerto

Como estudiante de Terapia Ocupacional, mis vivencias fueron muy provechosas y enriquecedoras porque tuve que trasladarme desde Ancud, Chiloé, que es mi ciudad de origen, a la Universidad de Playa Ancha en Valparaíso. Recuerdo muchos momentos de acompañamientos, de alegría, de amistades que aún se mantienen, y también mi participación

cotidiana en actividades artísticas y de voluntariado en ámbitos sociales, comunitarios, relacionados con mi carrera, en especial en el ámbito de salud mental comunitaria; entre ellos trabajando con personas mayores en los cerros de Valparaíso y Viña del Mar y con niños ciegos en el centro de Valparaíso.

Vivía frente a la universidad y transitaba generalmente entre el barrio universitario y la Ex Cárcel, hoy conocida como el Parque Cultural de Valparaíso. En aquel lugar, me subía a las alturas del trapezio, entrenaba con un pequeño grupo de circo teatro. También en ese lugar integré un grupo de Danza Afro, ritmo guiado por tambores y bailado a pies descalzos, que me hizo conectar con la tierra y trasladarme a dimensiones sensoriales de placer y goce del cuerpo en movimiento, donde la danza y el baile se unieron a mi vida cotidiana.

Toda mi experiencia universitaria fue muy movida y enriquecedora: aprendí a tomar decisiones difíciles, a mantener una casa, a pagar un arriendo y a viajar dieciocho horas en bus para a ver a mi familia dos veces al año, para vacaciones de invierno y verano; aprendí a tener independencia y a subsistir, a manejarme de manera funcional y adulta en la toma de decisiones.

En mis años de liceo en Ancud, existía solo una Terapeuta Ocupacional y la conocí porque era la mamá de un amigo. Ella me contó de la carrera, de sus diversas áreas de intervención, que situaba entre las ciencias sociales y las ciencias de la salud, por ello fue mi primera y única opción de formación profesional. En esa época, solo existían tres universidades que la impartían: la Universidad de Chile en Santiago, que no era una opción porque no tenía el mar cerca, además, el cambio desde un pueblo pequeño y tranquilo hacia la selva de cemento de la capital habría sido muy extremo; la Universidad de Magallanes en Punta Arenas, otro extremo; y la Universidad de Playa Ancha en Valparaíso, que sin duda fue mi mejor decisión, considerando la súper mezcla chilota porteña que llevo dentro. Llegué a una ciudad cultural, llena de colores e historias, que me abrió las puertas para seguir en el camino de las artes y el reconocimiento del patrimonio, a través de la intervención social.

Derechos humanos y arteterapia

Mis prácticas como Terapeuta Ocupacional se han desarrollado desde el ámbito comunitario, acompañada junto a una diversidad de profesionales, no solo de la salud, formando equipos de trabajo con personas sociólogas, antropólogas, artistas, periodistas, profesores, entre otros. Por eso considero valiosa la experiencia interprofesional e intersectorial, colectiva y en equipo, donde los aportes de todas y todos es más que la suma de las partes.

De las experiencias de trabajo comunitario más significativas, destaco haber participado de un proyecto FONDART que se inició el año 2017 llamado “Arte, Inclusión y Patrimonio en Lota”, desarrollado en el Complejo de la Discapacidad de Lota, en la Región del Biobío, permitiendo a las personas en situación de discapacidad la oportunidad de vincularse con las artes, con el objetivo de relacionarse y aportar al rescate de la memoria histórica de la zona del carbón, desde un enfoque experiencial, y participar socialmente junto a su comunidad a través del arte gráfico con la técnica de grabado. En este espacio trabajé junto a un periodista, un artista visual, una profesora diferencial, y con estudiantes de Terapia Ocupacional a mi cargo. Mi rol, además de guiar y supervisar a las y los estudiantes, con quienes evidenciamos los factores de riesgos y prevención de accidentes en el espacio de trabajo, fue promover el autocuidado articular, postural y de manipulación. Esto facilitó el desarrollo del arte como medio de inclusión social para personas en situación de discapacidad, algunas con alteraciones sensoriales como baja visión, músculo esqueléticas, parálisis cerebral, con pérdida de una de sus extremidades, entre otras afecciones de salud física y mental, implementando el taller grupal de la mano de intervenciones individuales según las necesidades de cada persona.

Comenzamos reuniéndonos en una sala pequeña con estufa a leña, en un ambiente acogedor del Complejo de la Discapacidad de Lota, conociéndonos, generando lazos y vínculos en las primeras entrevistas, en las que evaluamos las condiciones funcionales globales, proyectando las intervenciones terapéuticas y acciones preventivas para el proceso de trabajo de taller de grabado inclusivo. Para su adecuado desarrollo

realizamos ajustes razonables como, modificaciones ambientales en torno a la ergonomía de los espacios y la luz, además de generar adaptaciones y adecuaciones a los materiales y herramientas cortantes, como por ejemplo engrosar los mangos de las gubias que sirven para tallar la madera en la técnica de xilografía. Durante todo el proceso, abordamos temáticas desde un modelo inclusivo, dentro de nuestro rol como agentes de cambio en la sociedad, como la Inclusión Social y Arte desde una perspectiva de derechos humanos enfocada en personas con discapacidad. Los estampados resultantes del trabajo colectivo fueron exhibidos en varias exposiciones a nivel nacional e internacional, donde siempre estuvieron presentes los y las autoras orgullosas/os de lo logrado, en lo social y artístico. Hoy me enorgullece que este proyecto siga vigente, a pesar de sus altos y bajos durante la pandemia, y pronto tendremos nuevos resultados para su difusión en la comunidad y mundo académico.

La investigación llegó a mi vida cuando comencé a trabajar con proyectos en la comunidad, desde enfoques sociales y participativos, por ende, mis análisis generalmente contemplan metodologías cualitativas más que cuantitativas. Me di cuenta de que los resultados generaban nuevos conocimientos en mi disciplina, y que se podían aplicar en diversos espacios del trabajo comunitario en inclusión. Ha sido un largo camino de pensar y repensar en el aprender haciendo, donde la práctica genere el conocimiento y se valide desde el hecho de involucrar a las personas, con sus saberes y dar significado a sus voces, y también desde un enfoque de derechos humanos.

El trabajo en equipo y multidisciplinario desarrollado en mi primera experiencia laboral en un Centro Comunitario de Salud Mental (COSAM) San Carlos, en la Región de Ñuble, me llevó a escribir mi primera publicación junto a una psiquiatra en el año 2011, en una revista médica internacional, cuya investigación se denominó: “Manejo Integral de un paciente con secuelas neuropsiquiátricas por consumo crónico de alcohol”, donde a través de un plan de intervención integral por Psiquiatría y Terapia Ocupacional, desarrollamos estrategias para el tratamiento sintomático y de rehabilitación. Recuerdo que en ese tiempo, aún no había tanto acceso tecnológico y tuve que elaborar un Manual de ejercicios a mano, plastificado y anillado para uso de los usuarios. Requirió bastante trabajo

buscar las imágenes precisas, recortar, pegar y construir un material de uso terapéutico significativo. Ahora quizás hubiese utilizado la tablet para mostrar de manera más dinámica y con uso de otras funciones para ir graduando las actividades y ejercicios de la intervención.

La vía educativa

En el año 2015 comenzaron mis pasos en el desafío de la docencia universitaria en la ciudad de Concepción, junto a ello la guía de tesis de investigación en pregrado y luego en postgrado. Es así cómo he transmitido a las nuevas generaciones la importancia del trabajo en y para la comunidad, desde mi propia experiencia, en un mundo cambiante, con nuevos y más desafíos, teniendo como sello el acto de considerar el respeto por la diversidad humana, la perspectiva de género y la inclusión social.

Creo firmemente que la docencia e investigación van de la mano, muchas veces es el tiempo que disponemos el que nos juega en contra. Ya que ambas necesitan dedicación, preparación y socialización para el logro de sus objetivos. Hoy vivo la docencia con amor y pasión, entregando y recibiendo saberes desde la construcción conjunta con las y los estudiantes, haciéndoles partícipes de este hermoso proceso formativo, reflexivo y crítico. Este 2024, comienzo con el desafío de guiar las tesis de investigación de la primera generación de Terapeutas Ocupacionales de la Universidad de los Lagos del campus Puerto Montt.

Para que las experiencias tengan sentido y puedan ser revividas, he optado por sistematizarlas y así poder socializarlas con las nuevas generaciones, mostrarlas en clases las vivencias de una Terapeuta Ocupacional Social que se fascina por la arteterapia y el trabajo colectivo.

El sentido de publicar

A la fecha he participado en cuatro publicaciones de capítulos de libros, donde los títulos hablan de la mirada que se proyecta. Uno de ellos, desde una perspectiva de género, se titula “Del enfoque clínico a las prácticas

comunitarias en niños/as en condición TEA y sus familias, construyendo prácticas inclusivas de salud mental desde la comunidad”, el cual se encuentra en el libro *Un acercamiento a buenas prácticas y a conocimientos emergentes para la superación del estigma. De Cristian Valderrama Núñez* (2019), publicado por RIL editores. El año 2020, “Arte, inclusión y patrimonio: una experiencia colectiva de formación y creación artística en Lota”, del libro *Pensar lo comunitario. Arte, cultura y participación*, de Roberto Guerra Veas (Egac Ediciones).

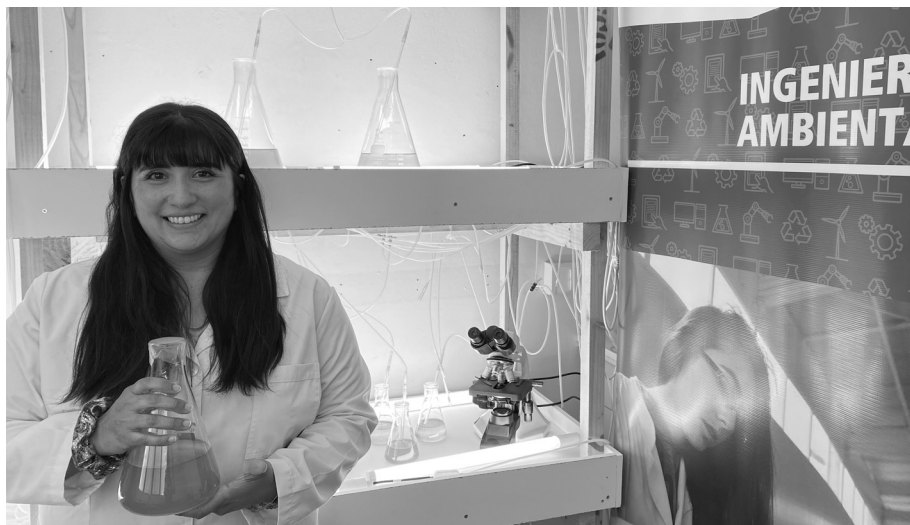
Esta publicación se relaciona con la experiencia relatada en las líneas de más arriba. En pandemia escribí sobre uno de los temas de investigación de mayor interés para mí, que es pensar la neurociencia a partir de los cuerpos en movimiento, de la danza, publicando en el año 2022 el capítulo “Danza Integradora, cuerpos diversos en una experiencia colectiva”, en el libro *Cuerpo como foco. Propositiones contemporáneas*, de Cleber Tiago Cirineu & Francine Baltazar Assad (Claretino Editorial).

Contribuir a una sociedad más justa, participativa e inclusiva es mi lema, por ende, mi aporte a las nuevas generaciones es recalcar que debemos trabajar mucho para ello. Se están generando algunos cambios significativos en las nuevas leyes, como la reciente Ley TEA N° 21.545, pero falta internalizarlas y llevar a la práctica, pues aún existen barreras ideológicas y sociales que limitan y postergan el avance en materias de inclusión social.

Entre mareas ondulantes

Les invito a transitar y vivenciar experiencias extra laborales que les ayuden a mantener una equilibrada salud mental y física, para así sobrellevar la carga a la que muchas veces nos vemos enfrentadas, de la cual nos percatamos tardíamente, cuando nos enfermamos. Es por ello que he optado por participar de espacios recreativos, como la práctica semanal de danza, en un taller colectivo de mujeres mayores y diversas que se reúnen en torno al interés por la creación artística, a través de las artes escénicas. Además, ha sido valioso invertir en experiencias enriquecedoras, profundizando saberes. A mediados de este año tuve la

oportunidad de viajar a Austria a formarme con el fundador y director ejecutivo de DanceAbility, Alito Alessi, en un curso de certificación de maestros de DanceAbility de cuatro semanas de duración, que se llevó a cabo en Viena, durante el Festival ImPulsTanz en julio de 2023. Este aprendizaje me permite generar intervenciones y prácticas de danza con personas diversas y en situación de discapacidad, promoviendo la práctica artística desde un enfoque terapéutico, así como la importancia de su acceso en espacios colectivos inclusivos. Vamos por más y nuevos desafíos en este viaje de experiencias, entre mareas ondulantes.



POR CYNTHIA URRUTIA MOLINA (SANTIAGO, 1985)

Ingeniera Ambiental, Universidad de La Frontera, Temuco, Chile.

Licenciada en Ciencias de la Ingeniería, Universidad de La Frontera, Temuco, Chile.

Doctora en Ciencias de Recursos Naturales, Universidad de La Frontera, Temuco, Chile. Magíster en Ciencias de Recursos Naturales, Universidad de La Frontera, Temuco, Chile.

Postdoctorado Proyecto FONDECYT N°3160344 “Biopurificación de las aguas claras de relaves mineros mediante el uso de microalgas y la potencial biorrefinería de la biomasa generada”, Universidad Arturo Prat en colaboración con Universidad de La Frontera.

Académica del Departamento de Recursos Naturales y Medio Ambiente. Campus Puerto Montt, Universidad de Los Lagos, Chile.

MATERNAR EN CRISIS

Mi primera reacción fue de alerta y preocupación, estaba de vuelta del post-natal de mi primera hija. La Juli tenía en ese entonces un año recién

cumplido, por lo cual las urgencias y los temores fueron máximos por tratarse de un peligro para ella que recién llegaba a este mundo tan complejo.

La primera semana de marzo fui a dejar a mi hija a su sala cuna con cierta preocupación, pero el día del comunicado a nivel nacional de la llegada de Covid-19 a Chile, la amenaza de la pandemia se hizo realidad en esta esquina del mundo, y yo lo único que quería era sacarla de la sala cuna. Fue difícil hacerlo. No comprendía la poca empatía por lo que estaba ocurriendo. Ellos habían resguardado a sus hijos con sus madres, y yo tenía que hacer lo mismo. Al cabo de unas horas, desde la universidad me avisaron que podía irme, que pronto saldría aquel comunicado que decía que todos debíamos protegernos. Por ende, en esta parte inicial de la pandemia ya declarada en Chile marzo 2020, comenzaron un sinfín de sentimientos, emociones y adaptaciones.

Sin embargo, yo pienso en la falta de empatía hacia las madres que trabajan bajo mucha angustia: dejamos a nuestros hijos al cuidado de externos para poder cumplir la presencialidad, que no siempre se refleja en cumplir metas.

Ingresé a la Universidad de Los Lagos como académica de jornada completa luego de terminar mi post-natal en el año 2019. Comenzaba a trabajar bajo nuevos sentimientos, no antes experimentados; culpa de dejar a mi hija, angustia de no saber cómo estaría, querer seguir desarrollándome en lo profesional como siempre lo he hecho, pero ahora sin perjudicar el desarrollo de la persona más importante de mi vida.

Yo postergué durante mucho tiempo mi deseo de ser madre para obtener mis títulos. Primero quería desarrollarme. Y cuando me embaracé se generó una reacción de parte de mis pares que me hizo sentir rabia. Pasé de ser un beneficio para el mundo académico a un estorbo. Era un problema porque, por ejemplo, mis clases las iban a tener que hacer otras personas durante un tiempo, y me lo hicieron sentir. Aún así, siempre enfatizo en la idea de que ser mamá no es un problema.

A veces tenía mucha carga de trabajo y estaba mi hija al lado con rabietta o enferma. Era estresante porque si ella lo estaba pasando mal yo trataba de ayudarla, pero tenía que cumplir ciertas metas. Tenerla todo el día llorando y tratar de concentrarme en escribir era difícil. O estar en medio de una clase en línea y tener que cambiarle el pañal. Había

situaciones que agobiaban, pero yo trataba de mantener el equilibrio, por eso para mí el segundo año fue mejor. Mi marido igual hacía clases así que nos pimponeábamos los horarios y nos fuimos adaptando entre los tres hasta lograr una interacción un poco más armónica. En lo cotidiano, nos coordinamos entre que hacíamos clases online en la mañana cuando uno terminaba atendía a la Juli, en hacer la comida e intentar sobrellevar el día de la mejor manera. Muchas emociones y sentimientos surgieron en esta nueva forma de conciliar lo laboral y familiar: cansancio, agobio, discusiones por no saber cómo seguir entre tantas cosas que pasaban por nuestras cabezas, pero siempre tratando de resguardarnos como familia que esto no afectara a nuestra hija.

El confinamiento llegó con mucha carga horaria de clases y reuniones, con un jefe de carrera que al parecer igual se encontraba en un shock o era poco flexible en la comprensión de que todos estábamos pasando por una situación anormal, y una persona con hijos menores de dos años es otra situación con la que te enfrentas para trabajar y atender a tu hija, la casa y tratar de adaptar un sistema de convivencia sano. Esperar que uno estuviera en los mismos horarios presenciales frente a un computador con estudiantes que ni siquiera prenden cámara ni hablan era una locura. Era como hablarle al viento. Por suerte, existieron instancias en las cuales se llegaron a acuerdos de tiempos de conexión, como adaptar esta nueva forma de enseñar metodologías que ayudaron a los estudiantes a entender y aprovechar sus clases. Entonces desde la Dirección de Igualdad de Género empezaron a presionar para bajar la carga horaria de las docentes madres y padres con hijos menores de cierta cantidad de años.

Yo enseñé a la carrera de Ingeniería Ambiental y una de las asignaturas que estaba dictando era Legislación Ambiental: fue todo un desafío. Pero mostrar las plataformas en línea de como ingresar a los estudios de impacto ambiental, ver sentencias en tribunales ambientales online, fue una experiencia muy didáctica y valiosa para el aprendizaje de los estudiantes.

Existieron momentos de estrés, retomando la alta carga, comentarios no adecuados a una madre o un padre, que tienen que ver con cómo algunas personas consideran la maternidad/paternidad un problema al parecer para el cumplimiento de horarios en el trabajo, porque los objetivos

siempre se cumplen al menos en mi caso. En este sentido, espero que de verdad se haga una reflexión con temas de presencialidad y el que quieran que uno esté conectado 24/7 nunca va a entregar los mejores resultados.

Creo que todos vivimos momentos tensos; no fue fácil adaptar una vida con acceso a todo a estar encerrados con toque de queda, pero al final espero que la mayoría así como nosotros logramos un gran apego y cariño por nuestra familia que formamos con mucho amor.

EN LA VÍA DEL BUEN VIVIR

La docencia la vivo con la motivación de entregar conocimientos a quienes tienen interés en aprender sobre lo que me he especializado, y de que puedan surgir nuevas ideas en el área de la investigación. Intento generar preguntas y buscar diferentes perspectivas integradoras de un tema en específico y así soluciones que pueden derivar en generar proyectos. En otras áreas que he integrado la docencia es en vinculación con el medio, generando de estos proyectos bajo lógicas de educación ambiental con la comunidad aledaña.

Entregar actitudes y habilidades positivas a mis estudiantes y colegas me motiva a trabajar en equipo, hacer sinergia en diferentes áreas, mostrar y pasar a ser un referente de que todo se puede, aunque, por ejemplo, tengamos tiempos diferentes. Esto lo menciono desde mi rol de madre. La elección de ser mamá es parte de mi vida, no una excusa, y tengo tiempos que son de ser mamá presente, así como también soy académica con proyectos de investigación vigentes y cumpliendo roles de gestión en la universidad.

Más allá de mi carrera, me interesa entregar un mensaje de motivación del buen vivir, que somos personas integrales y podemos ser felices, que podemos trabajar en lo que nos apasiona y preocuparnos de nosotros como personas, sin tener que opacar o elegir solo ser una de estas áreas por separado para lograr el éxito.

Creo que todas alguna vez hemos sentido, vivido o pasado alguna situación de discriminación de género tanto de hombre como mujeres, hay muchos sesgos a nivel cultural que potencian estas actitudes.

En mi carrera como investigadora, los compañeros hombres suelen tener más facilidades u oportunidades sin ser merecidas. A pesar de que muchas veces, las mujeres trabajamos el doble y tenemos mejores conocimientos. En principio, eso afecta en la autoestima; al sentirnos poco valoradas se generan muchas inseguridades. En mi actualidad, le he dado la vuelta a esta problemática continuando con mi pasión, que es investigar y enseñar desde un ámbito optimista. He intentado dar las mismas oportunidades sin generar discriminación entre mis estudiantes, y si me he equivocado no ha sido intencional. Ser una líder sin seguir estas tendencias culturales es algo que me alegra y me ha entregado grandes logros.

La vida comienza a tener sentido

Voy a relatar un hito importante en mi vida después de ser mamá, lo describo así ya que al ser personas integrales, deberíamos poder conectar todas las áreas de nuestras vidas: lo personal, uno como persona y familia, y el área profesional, que es hacer lo que nos apasiona.

Muchas académicas que tuvimos por decisión propia un periodo de tiempo con menor productividad científica se refleja en la publicación de artículos científicos, debido a mi maternidad, que en mi caso, es parte de mi vida.

El día que supe que había adjudicado mi proyecto FONDECYT (Iniciación de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile (ANID), en cuyas bases a este concurso se solicita una “reseña de trayectoria académica y de investigación”), era el día de mi cumpleaños, 3 de enero, y me escribió una colega felicitándome. Sin entender miré la lista de proyectos y sí estaba yo: fue una gran emoción: recuerdo cómo cayeron un par de lágrimas de felicidad, lo había logrado después de varios intentos y con todo en contra, según mi entorno.

En el congreso internacional, donde fui a mostrar los resultados del proyecto, que me ayudaron a reactivar mi carrera de investigación, conocí a un investigador que trabajaba con colegas, amigas y el grupo de trabajo de donde me formé, lo cual fue muy grato y entretenido; conversamos de

muchos temas en común, y en estas conversaciones salió el tema de la adjudicación de estos proyectos FONDECYT iniciación y me dijo: “Tú debes ser a quien hacían referencia cuando hablaron de cómo esta reseña de trayectoria había potenciado la adjudicación del proyecto”. No lo dijo de manera despectiva, pero me hice muchas preguntas: ¿Seré merecedora?, ¿es un atributo positivo o negativo?, bajo mi yo anterior con mayores inseguridades, lo habría pensado de manera negativa, pero hoy sé el valor que tengo y que mi trayectoria vale tanto como una publicación científica.



POR ALEJANDRA MARTÍNEZ CORNEJO (OSORNO, 1982)

Enfermera, Universidad Austral de Chile.

Magíster en Enfermería mención Gestión del Cuidado Universidad de la Frontera, Chile.

Académica del Departamento de Salud, carrera de Enfermería Campus Osorno, Ulagos Chile.

DESDE OTRAS VEREDAS

La idea de irnos a casa y hacer una pausa era dulce y a la vez perturbadora. Escuchaba las noticias y la información era confusa, no sabíamos si era grave o no, si nos tocaría o no. En mi fuero interno, pensaba que probablemente en seis meses, al empezar la primavera, ya estaríamos de vuelta, recuperados, restablecidos y en nuestra rutina.

Entonces, abro las redes sociales y me encuentro con un bombardeo de información: lo que había y lo que no había que hacer. En un afán de ayudar, la cantidad de información agobiaba y se devolvía a mí como un mar de incertidumbre y de posibilidades.

Desde mi profesión de enfermera, veía desde mi vereda que -como nunca- estábamos teniendo notoriedad, que se estaban haciendo cosas... Sentí culpa y ganas de estar ahí, me lamentaba de no poder hacer más por mis responsabilidades con la academia. Se necesitaban manos, pero yo debía cuidarme por mi familia (soy madrastra de dos niños que sufrieron un abandono y que no soportarían que me pasara algo).

La vida universitaria también es un desafío, ya que nuestra profesión requiere de la formación presencial, observar impávidos el paso de los días y debatir largamente en relación a qué es lo mejor, sumado además a tratar de bajar la incertidumbre de los estudiantes a pesar del caos que todos llevábamos dentro.

Empieza la oscuridad: las redes sociales de enfermeros se llenan de testimonios, colegas cansadas y cansados porque no dan más, porque todos los días tienen que realizar cosas para las cuales algunos no estaban preparados, y porque además esta pandemia nos quitó el único consuelo que queda para un enfermero o enfermera que dio todo para que una persona se recupere, y que ya no lo hará... Para una enfermera comprometida que ama su trabajo, la dignidad que le puedes entregar al proceso de morir es la única tranquilidad que te queda frente al dolor de una familia que sufre... hacer todo lo que está en tus manos para que una persona abandone este mundo con tranquilidad, dignidad y sin dolor. Ahora lo que quedaba era soledad, bolsas mortuorias y ausencia de despedidas. Conocer testimonios en primera persona de mis colegas que utilizaban todo su arte para poder burlar al Covid-19 y que no nos quitase esa posibilidad es algo que todavía recuerdo y que me emociona. Asimismo, la vivencia de las personas cuyo familiar había muerto solo me hacía pensar en lo difícil que es estar en esa vereda.

Paralelamente iniciamos estrategias para formar enfermeros en modalidad virtual. Si bien estábamos conscientes que no era lo ideal, y que en algún momento al volver tendríamos que hacernos cargo de las falencias en su formación, al menos a mí la pandemia me dio la oportunidad de reflexionar con nuestros estudiantes en relación a la resiliencia, a la creatividad y sobre cómo al final de todo se aprende. La pantalla funcionó como espejo y ventana de aspectos nunca antes vistos, la intimidad de nuestros hogares, pantallas negras y soledad. Pequeñas alegrías porque

los estudiantes habían enganchado y participaban en la clase preparada: ensayo y error, días, días y más días. Golpes de lluvia en el techo, el café entre clases. Cada miembro del profesorado de enfermería luchando sus propias batallas internas y con el mundo, a veces grande, a veces pequeño. Con el virus pisándonos los talones, afuera, amenazante, desconocido. Tratamos de poner cordura frente a la incertidumbre, al desabastecimiento y a las medidas que iba adoptando nuestro círculo cercano, educando en relación a lo verdaderamente importante frente a la prevención.

Y luego la aparición de la vacuna fue como una luz de esperanza: los funcionarios de salud de primera línea estarían protegidos, era el primer paso para volver a la normalidad. Una vez que mis familiares adultos mayores obtuvieron sus dosis se inició un nuevo proceso con menos miedo, más esperanza, más en comunidad.

Me llegaban noticias de que se necesitaban manos en los vacunatorios. Las y los estudiantes de la carrera empezaron a participar colaborando en los centros de vacunación y una colega encargada de uno, casi como broma, me planteó que la podía ir a ayudar. Me anoté de inmediato, no podía estar más feliz. Estuve ayudando a registrar a las personas vacunadas y me sentí orgullosa de la rigurosidad y capacidad de trabajo y organización de mis colegas. Posteriormente, desde la universidad, también solicitaron ayuda para colaborar en la vacunación de los funcionarios del Hospital Base...

Fueron experiencias que me llenaron de satisfacción, ya que pude ayudar no solo desde la academia, formando a los estudiantes, sino que también tuve la posibilidad de colaborar *in situ*, con mi gremio, con mis colegas, que estuvieron tan golpeados por la pandemia. Posteriormente iniciamos de a poco los tan ansiados laboratorios presenciales con los estudiantes. Tanto ellos como yo nos sentíamos felices de por fin estar realizando procedimientos que nos acercaban aún más a nuestro quehacer, y lentamente, hubo una luz de esperanza y un amanecer prometedor.

EN AGUAS SEGURAS

Mis abuelas tuvieron muchas carencias siendo niñas, adolescentes y mujeres jóvenes, por lo que dentro de sus posibilidades trataron de generar certezas en mis padres, y ellos, al menos a mí, me han transmitido el gusto por la seguridad y la certeza, sintiéndome no muy cómoda en situaciones inciertas. Si bien, cultivo la adaptabilidad y la flexibilidad sobre las sorpresas que me pone la vida, trato en lo posible de moverme en aguas seguras.

En mi infancia y juventud disfrutaba mucho de leer, tema que todavía me apasiona bastante. Recuerdo en mi juventud haber participado de una instancia de voluntariado, donde tuve que asistir al servicio de pediatría del Hospital Base, y tengo muy lindos recuerdos de esa experiencia, y creo que ahí nació mi interés por estudiar algo relacionado con el ámbito de la salud.

Mi experiencia de estudiante de pregrado fue muy buena. Pude disfrutar de ese periodo, el mejor de mi vida, ya que pude conocer la independencia, a nuevas personas. Entonces crecí bastante en términos de habilidades sociales, que eran elementos que durante el periodo escolar no ejercité mucho. En la universidad estuve becada por lo que no tuve que trabajar.

Soy enfermera de profesión, y en ese contexto, trabajé varios años con población infantil, donde fui viendo en primera instancia cómo era la influencia de los procesos de salud y enfermedad tanto en los niños, como en madres y padres y cuidadores y hospitalizados, desde el punto de vista psicológico y social. Posteriormente seguí vinculada al trabajo con población infantil sana, y fue super interesante para mí ver la importancia de los vínculos tempranos en el desarrollo biológico, psicológico y social de las infancias, y cómo influyen las dinámicas que se establecen con sus cuidadores, en el estado de salud infantil.

Después me fui dando cuenta de cómo estos mismos elementos pueden generar, debido a la lógica patriarcal de nuestra sociedad, sentimientos de culpa y sobrecarga en las mujeres que son madres, lo que me ha hecho profundizar en la perspectiva de género, que es un tema que, en mi área, a pesar de ser un ámbito de gran presencia femenina, sigue aún muchas lógicas jerárquicas y patriarcales que ha costado enormemente ir

erradicando y que finalmente impactan en las relaciones que la profesión establece con su equipo de trabajo, así como con los usuarios/as.

Debido a que en general la Enfermería no solo aborda problemas de salud, mi trabajo suele cruzarse con algunos temas de ciencias sociales, por lo que gran parte de los cursos de formación que tomo actualmente, son de temáticas de género, de diversidades, además de los de temáticas de enfermería que tomo actualmente como parte de mi permanente actualización.

En general, en algunos contextos prefiero el trabajo a solas, ya que voy manejando mis propios ritmos. Sin embargo, he encontrado equipos de trabajo maravillosos con los que trabajo muy bien, y con los que tenemos energía sinérgica, lo que permite que podamos realizar trabajos de muy buena calidad, en un ambiente muy grato.



POR ROMANÉ LANDAETA SEPÚLVEDA (SANTIAGO)

Doctora en Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, España.

Máster en Gobernanza y Derechos Humanos, Universidad Autónoma de Madrid, España.

Máster en Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, España.

Magíster en Estudios de Género y Cultura, Mención Ciencias Sociales, CEGECAL, Universidad de Chile.

Diploma en Educación y Género, CEGECAL, Universidad de Chile.

Profesora de Historia, Geografía y Educación Cívica, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Chile.

Académica e investigadora del Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas, CEDER, Universidad de Los Lagos, Chile.

EL VIAJE

*Dedicado a Josefina Cuesta Bustillo (+)
Maestra, amiga y destacada historiadora.*

Cuando comenzó la pandemia, quise comprender qué sucedía, y luego intenté regresar a Chile, cuestión que fue imposible. Llevaba fuera del país cerca de dos años, porque había viajado a Ecuador por una beca postdoctoral, pero me había quedado un tiempo más trabajando gracias a la invitación de la universidad en la que había desarrollado mi investigación. En marzo del 2020, esperaba con entusiasmo el viernes 13, por fin había logrado una cita para visitar el Archivo Histórico de Quito. Ese día llovía torrencialmente. Sin embargo, mi emoción por conocer ese archivo no fue opacada. Pasé toda la mañana revisando índices y catastros, y pedí volver el lunes siguiente.

Al regresar a la universidad, la noticia de la muerte de una mujer contagiada con Covid-19, nos mantenía alerta: el problema había llegado al país. Esa tarde y parte de la noche, se informaba a la población, a través de noticiarios y redes sociales, acerca de la precaución respecto de la nueva enfermedad. Ese fin de semana, las muertes aumentaron significativamente. El domingo por la tarde, la universidad emitió un comunicado indicando que el lunes 16 de marzo debíamos asistir con mascarilla para retirar nuestras pertenencias, porque en principio, durante esa semana, trabajaríamos desde nuestros hogares.

Por la mañana de ese lunes, como era habitual, me fui caminando a la universidad. En mi trayecto, noté cómo las personas andaban con inusual prisa: largas filas en los bancos, gasolineras repletas de automóviles intentando llenar sus estanques, y los supermercados comenzaban a recibir un flujo de público mucho mayor que el de costumbre. Una vez en la universidad, todos nos saludamos de lejos. Se nos recomendó que nos abasteciéramos ya que, como medida para evitar contagios, el gobierno de Lenin Moreno decretaría a partir del 17 de marzo estado de excepción preventivo desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana. Antes del mediodía me despedí con señas de mis compañeras

de trabajo, y fui al supermercado para comprar algunas cosas, porque hasta ese momento pensaba que esa situación cambiaría en el corto plazo y volveríamos a retomar nuestras rutinas.

Al ingresar al supermercado, observé que estaba repleto de gente con carros hasta arriba de comida, o más aún, de papel higiénico, algo que no logré entender; incluso, algunas personas llevaban hasta dos carros a la vez: estaban alarmadas, por altoparlantes se les pedía que compraran lo que necesitaban, ya que otros clientes también necesitaban adquirir comida para sus familias, pero nadie hizo caso. Me acerqué a la sección verduras, y al tomar una lechuga una mujer mayor la quitó de mis manos y se fue sin decir nada. Yo quedé sin palabras. Me detuve a observar lo que me rodeaba: mujeres y hombres con carros de compra a toda velocidad, enfurecidos, peleando y gritando por obtener los productos situados en alguno de los pasillos. Recordé la novela *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago.

Aunque tomé medidas de prevención, no caí en excesos. Si en algún momento tuve la ilusión de trabajar menos, esto fue una ficción, ya que viví casi un año y medio trabajando mucho más que cuando debía asistir de forma presencial a la universidad. ¡Fue demasiado! Debí contratar un internet ultra mega rápido para dictar clases, hacer tutorías online, y todo lo que sabemos respecto de la docencia en red. Tanto así que tuve que cambiar de lentes, y visitar a uno que otro médico debido al estrés del trabajo. Y todo por el mismo sueldo. Intenté ser eficiente; contestaba WhatsApp todo el día y todos los días, y hasta una parte importante de la noche. Hasta que un día me di cuenta de que eso era otra forma de explotación, y me aferré al artículo 24 de la Declaración de Derechos Humanos, que tiene tanto sentido: “Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas”.

Una de las mayores ficciones que implementó el neoliberalismo en pandemia fue la romantización de la cuarentena, ya que corresponde a un privilegio de clase. Parte importante de este tiempo pandémico me tocó estar fuera del país, debido a mis investigaciones. Pude constatar un asunto que no es un misterio, pero sí una constante: las desigualdades materiales impactan y afectan el curso de la vida en las personas. Vivir

una pandemia en condiciones de pobreza lleva incluso a ver la desigual distribución de la riqueza en temas vinculados a la muerte, y por supuesto, con el desigual acceso a una salud digna.

Durante mi estadía en Ecuador, visité varias de sus ciudades. Recuerdo que, en una oportunidad, tuve que desplazarme dentro de Quito, de un extremo acomodado a otro pobre, y a través del cristal del taxi observé largas filas de personas en las afueras de un tanatorio, justo al costado de un hospital, esperando saber de sus muertos, y, al mismo tiempo, familias junto a los féretros de sus personas queridas, intentando despedirse. Le pregunté al taxista qué sucedía, y me dijo: “Las familias vienen a esperar para ver a sus familiares muertos, antes que los lleven al cementerio, ya que allí ahora nadie puede ingresar”. Y mientras me relataba estos hechos, bajó la velocidad, para contemplar una escena que se había vuelto común por esos días: un pequeño grupo de personas -tal vez familiares- se acercaba a un carro fúnebre (que tenía más de dos féretros), y sacaba el ataúd para subirlo a un camión. La familia había decidido velar a su familiar en casa, desobedeciendo las órdenes emitidas por el gobierno de turno.

Esta escena no fue un caso aislado en este país, al igual que la escasez de ataúdes o bolsas mortuorias para las familias que no tenían dinero para costear los gastos de un féretro. Tampoco fueron aislados los casos de personas que vivían en la calle, mayoritariamente migrantes, cuyos cuerpos nadie reclamó. Otro día, que también iba a hacer un trámite para viajar a España, me tocó contemplar una escena en el mismo contexto que la anterior: al menos tres camiones de militares trasladaban féretros vacíos con destino a los hospitales. En plena curva, en uno de esos camiones los féretros se esparcían en la carretera. El taxista -que era el mismo que me trasladaba de un lugar a otro- me indicó “quedaron mal amarrados esos ataúdes”, y unos jóvenes militares, se bajaron rápidamente y los volvieron a subir al camión.

Otro día caminaba con mi perrita, antes del toque de queda -que durante seis meses en Ecuador fue desde las dos de la tarde hasta las cinco de la mañana-, me fijé en una mujer y dos niños pequeños pobres, cuya presencia evidenciaba cansancio y la constatación de que esas calles y barrios no eran los suyos: los tres andaban sin mascarillas, pero sus bocas y narices estaban cubiertos con una tela, que, en el caso de la mujer,

dejaba al descubierto la sonrisa sin dentadura mientras le hablaba a esos niños, tal vez sus hijos. Me fijé en lo abrigada que yo estaba y lo desprovisto de ropas adecuadas para el frío que estaban los niños. La imagen de desamparo no fue aislada. En ese tiempo, mientras pude caminar por las calles de diferentes ciudades de ese país, pensaba en la importancia que tienen las condiciones materiales en el mundo -nada nuevo sin duda- y en el relato naturalizado que se despliega para las personas pobres: la paciencia y la resignación. Reflexionaba en la importancia de una educación digna y de calidad, y de real acceso, porque en mi opinión, es el pilar fundamental para la transformación social.

También visité lugares del Hemisferio Norte denominados del Primer Mundo, donde la idea de ciudadanía y derechos permitía cuestionar a la autoridad frente a los frenos de la libertad civil. En España y Francia, observé cómo el despliegue de una educación basada en derechos -no sin problemas, por cierto- y un Estado de bienestar con mayor despliegue -aunque en crisis-, había permitido sobrevivir un poco mejor ese tiempo, que parecía haberse quedado detenido. Claro, también con privilegios de clase y edad. Escuché relatos escalofriantes respecto a la realidad que se había vivido en las residencias de ancianos, y la falta de una política pública en materia derechos en contextos de pandemia, cuestión que golpeó incluso a gobiernos de países desarrollados.

En los viajes que realicé a propósito de mis investigaciones, focalizadas en temas de género y derechos humanos, que me permitieron visitar varios lugares, observé cómo las personas, en autobuses, taxis, metros y aviones, vivían y habitaban esos micro-espacios pandémicos de una forma muy *sui generis*. Me sorprendí de cuestiones hasta ese momento insólitas: los intentos para besarse con mascarilla, los distintos simbolismos para sustituir el sencillo y curativo abrazo. La ausencia de sonrisas, el silencio y la pausa. Cuestiones escasas en un mundo donde el no-tiempo y el ruido habían sido la norma.

El viaje a España lo había planificado junto a una de mis mentoras, una destacada historiadora en temas de género, feminismos y memoria. Como era habitual, habíamos planeado mi estadía de investigación con detalle. Mi amiga y maestra, Josefina, era una mujer mayor, pero con una vitalidad, inteligencia y sentido del humor extraordinarios. Tenía

un gran compromiso social y una profunda convicción de humanidad y probidad que hoy tanta falta hace. Durante el primer año de pandemia, había tenido algunos inconvenientes de salud leves. Mediante análisis médicos había descartado que se tratara de Covid-19. Habitualmente hablábamos por teléfono o bien a través de redes. Ella estaba muy al día en estos asuntos, a diferencia de mí. A finales del 2020, su salud física comenzó a decaer notoriamente, en una de nuestras conversaciones, me dijo que tal vez tendría algo al corazón y que se realizaría unos análisis. En paralelo, mis preparativos para cruzar el charco y efectuar mi estancia de investigación iban sin problemas. Durante las fiestas de final de año, me dijo que apenas tuviera los resultados médicos coordinaríamos los detalles de nuestro encuentro.

Recibí su llamada el viernes 24 de enero del 2021, con su acostumbrada prudencia me preguntó si tenía tiempo para conversar, le respondí que sí, que quería saber cómo estaba todo lo referido a su salud. Esta vez su voz sonaba más grave de lo habitual e intuí que algo no andaba bien. Me dijo que había recibido ese mismo día los resultados de los exámenes y que eran lapidarios: un cáncer de páncreas tenía comprometido al hígado y había hecho metástasis. Un silencio como pocos fue parte de ese diálogo. No pude decir nada, mi cuerpo se estremeció, mis ojos se humedecieron y mi garganta se tensó. Pasado un momento me dijo ¿estás ahí? Sí, respondí. Me senté junto a una ventana desde donde podía ver el ir y venir de los automóviles de una concurrida avenida de Quito. Y luego la escuché con toda mi atención, sin saber que esa sería la última conversación que tendría con mi querida amiga y maestra Josefina. Lo que me dijo no lo olvidaré jamás. Fue un decálogo. Le dije que la podía cuidar, que contara conmigo, que la acompañaría al médico y estaría con ella en las quimioterapias, que ya había decidido realizar. Sin embargo, esa mujer autónoma, inteligente, alegre y organizada, me dijo que quería estar al menos ese fin de semana sola, porque debía decidir sobre lo que vendría, y que estábamos en caminos diferentes. Una de las reflexiones que me acompañó en este tiempo de pandemia fue la siguiente: “Tú estás en el camino de la vida, por ello no te pierdas de nada, vive, disfruta, y haz las cosas lo mejor que puedas, pero no dejes de pasarlo bien, te mereces

lo mejor, la vida es muy corta. Recuerda ser la protagonista de tu vida, sé fiel a ti misma”.

Mientras escribo este texto, mis lágrimas caen, porque no pude despedirme de mi maestra, no la pude abrazar ni visitar en sus últimas horas. Lo más cerca de ella que pude estar fue una tarde, diez días después de la única quimioterapia que alcanzó a realizar, ya que una de sus hermanas que la cuidaba me llamó para que la fuera a saludar. Cuando recibí esa noticia, corrí desde la residencia universitaria donde me encontraba en Salamanca hasta su edificio que estaba muy cerca. Desde la calle se veía el gran ventanal situado en un tercer piso, que, pese al frío, estaba entreabierto. Su hermana me hizo señas para que me situara en frente de la calle que daba al edificio, de manera que ella desde su sofá me pudiera ver. Luego de unos segundos, la logré divisar: estaba con una bata rosa y sonreía, me saludó levantando uno de sus brazos. Estaba más delgada. Noté que con esfuerzo, había logrado ponerse de pie y dar unos pequeños pasos para acercarse al ventanal, donde vi su rostro. Levantó su mano sonriendo, como la había conocido en mis tiempos de estudiante en España. Le grité que pronto estaría bien y que la esperaba para caminar juntas por el barrio, aunque sabía que no iba a ser posible. Regresé a la residencia universitaria llorando. Un mes después, el 31 de marzo del 2021, mi amiga dejaba este mundo. Meses más tarde, antes de regresar a América Latina, viajé a su ciudad natal en Burgos para visitarla en su tumba. Le dejé un hermoso ramo de flores, que a ella tanto le gustaban. Nunca volví a abrazar a mi amiga Josefina y el vacío que dejó su inesperada partida comenzó a llenarse con los recuerdos que de ella tengo.

LOS PEQUEÑOS DETALLES

Crecí observando a mi madre aprender de forma autodidacta para arreglar los artefactos que se estropeaban en el cotidiano de la vida. Cuestiones de gasfitería, temas eléctricos entre otros. Pero también, desde mi temprana niñez, la vi creando a través de las telas. Pasaba infinitas horas tras una máquina de coser, cuidando cada detalle de forma, cada puntada que daba la aguja. Algunas noches, le ayudaba, junto con mi hermana, mi papá y

algún familiar que nos visitaba, a cortar las hilachas de las cotonas y los delantales del colegio. Ella era muy detallista y con una paciencia infinita repasaba cada camino realizado día y noche en esas telas por la aguja de su querida máquina de coser Singer. Mi padre también era y es muy creativo, metódico, paciente y observador. A través del trabajo con la madera creaba formas y cuidaba cada detalle que adquiría. La belleza de lo simple, el arduo trabajo de la creación, y el sentido estético de las cosas, es algo que de adulta me doy cuenta que ha sido parte de mi historia personal, de mi biografía.

De niña me encantaba seguir el camino que realizaban las hormigas. Pasaba horas observando cómo transportaban miguitas de pan, o alguna hoja pequeña. Mucho me gustaba contemplar la perfección del tejido que realizaban las arañas, pensaba en cuánto tardaban y el gran trabajo que realizaban de forma anónima, lo mismo me pasaba con las abejas. Una vez intenté acercarme a un panal para saber cómo fabricaban la miel, y tuve que salir corriendo. La naturaleza y las flores han sido desde pequeña una de mis pasiones. Me otorgan tranquilidad y paz.

De estos recuerdos, algo que siempre para mí ha sido muy importante, es el trabajo metódico. Tal vez algo inconsciente es que poco a poco voy construyendo mi camino, como las hormiguitas.

Hay dos episodios que recuerdo y me marcaron: parte de mi niñez fue viviendo en dictadura. Una tarde estábamos mirando televisión -en blanco y negro- con mi mamá, papá y hermanas, y en el noticiero apareció un hombre vestido de traje blanco con gorra y bigote, decía que “estábamos en guerra”. Cuando escuché esa frase me puse a llorar, sentí muchísimo miedo, no entendía que estuviéramos en guerra, si por la tarde habíamos estado jugando en el patio. Mis padres me intentaron explicar, indicando que había ocurrido en una tierra lejana, al otro lado del océano.

Y un segundo momento, que creo me ha marcado en mi vida, son las tardes que pasamos mi hermana mayor en su habitación: ella participaba en la parroquia del barrio, en actividades de las juventudes cristianas. Me gustaba estar con ella, porque escuchaba música que decía cosas que, si bien no entendía en ese momento, me agradaban. Junto a mi hermana escuchaba “La hierba de los caminos” de Víctor Jara, y el casete de la Guerra Civil Española de Rolando Alarcón. Con un cancionero de

papel roneo, ella cantaba al ritmo de los acordes de las guitarras. A mi hermana le preguntaba muchas cosas, entre ellas, sobre los lugares que mencionaban las canciones. Me imaginaba lo mucho que habían sufrido las familias en esos lugares tan lejanos.

El valor del oficio

Provengo de una familia obrera, por lo tanto, estudié con becas. En la universidad trabajé desarrollando múltiples oficios. Todos requerían de un aprendizaje específico, desplegando y descubriendo diferentes habilidades que habitaban en mí. Rescato que, a pesar de lo difícil, de todas las experiencias de trabajo como estudiante, aprendí el gran valor de los oficios que hacen que nuestra vida sea más grata, y que es gracias al trabajo anónimo de muchas personas.

No tenía muy claro qué quería hacer en mi vida. Pero tenía preguntas y había cosas que no encontraba coherentes o buenas. Me inquietaba mucho la desigualdad, la pobreza. Me molestaba que a las niñas y las mujeres se nos tratara de una forma tan desigual. En ese momento de mi vida, no sabía cómo nombrar esas injusticias. Si bien les preguntaba a las personas adultas que me rodeaban, porqué existían esas injusticias, sus explicaciones no lograban convencerme, algo no me cuadraba.

De adulta, me he dado cuenta de que mi curiosidad se sembró gracias a otras mujeres. En casa, mi madre y mi padre aprendían y perfeccionaban sus oficios de forma autodidacta. Había libros, pocos, los cuidábamos, aunque los hojeábamos bastante. Por las noches, jugaba a descubrir palabras que no conocía, y las buscaba en un diccionario que pesaba muchísimo.

Gratitud por los orígenes

Tengo un profundo agradecimiento a mis profesoras. Estudié en una escuela de un barrio popular en Santiago, la Escuela Básica D-472, que peyorativamente, las niñas y los niños de escuelas privadas le decían “el gallinero”, porque no estaba cerrado con murallas, sino con “mallas” de

cercos. En esa escuela estaba la profesora Juanita Fernández: ella me enseñó a leer y escribir, aunque, cuando ingresé a primero básico, ya algo sabía. Ella siempre me animaba a estudiar, aunque me costaba un poco. Otra mujer importante, fue la profesora de historia que tuve en la enseñanza media. Se llamaba Victoria Cori; ella me ayudó a estudiar, despertó en mí la ilusión de estudiar en la universidad, a pesar de no tener dinero y “tener mala base”, frase que siempre escuché hacia quienes veníamos de sectores populares. La profesora Cori, a quien, mediante estas letras rindo un sencillo homenaje, me invitó a ir de oyente a un prestigioso pre-universitario donde ella daba clases, y además era una de las profesoras mejor evaluadas, con puntajes nacionales. Ella era una adelantada a su tiempo, muy criticada por sus pares por “hablar alto”, “decir las cosas por su nombre”, “defendernos ante la policía”. Tanta fue su generosidad, que pidió a sus compañeros del preuniversitario, que me recibieran de oyente. El compromiso, era que debía tener buenas notas en el liceo. En el preu, estudiaba con los facsímiles que otros estudiantes dejaban, y también con los que me regalaban profesores de las otras asignaturas. Hoy miro hacia atrás, y no puedo dejar de emocionarme por el agradecimiento a estas mujeres, y mi coraje, que, en ese momento, no lo sabía.

En mi camino como universitaria, he tenido la fortuna de encontrarme con grandes historiadoras, todas dotadas de gran inteligencia y generosidad que se han transformado en amigas, consejeras y compañeras de vida. Una de mis grandes maestras ha sido la historiadora Diana Veneros, con ella descubrí que “las mujeres teníamos historia”. A ella debo mi ingreso al mundo académico. Otra referente ha sido María Eugenia Horvitz (+), con ella aprendí la importancia del cine en la historia. La historiadora Margarita Iglesias, me enseñó a no olvidar la conexión que existe entre lo que una decide estudiar y la propia biografía. Con Josefina Cuesta (+), aprendí sobre memoria histórica, pero también, que en la vida se debe disfrutar. Ella se fue muy pronto de este mundo, y me dejó muchas preguntas sin responder. Y María Angélica Illanes, quien me ha enseñado a pensar la historia de forma descentralizada.

Todas ellas han sido muy importantes en mi vida, no solo por su inteligencia y generosidad, sino también porque tienen experiencias que han compartido conmigo, y de las que he podido aprender. Todas ellas son

mujeres valientes, aguerridas, con coraje, pero también mujeres alegres, osadas, vanguardistas.

Desde mis inicios el arte ha sido siempre un foco de atención, también la psicología, la antropología, la sociología, la geografía y el derecho. Cuando trabajas a solas, eres dueña de tus propias decisiones. Sin embargo, trabajar en equipo es un desafío que me gusta. Sobre todo, porque me atrae aprender de otras personas. Trabajar en equipo, ya que requiere de responsabilidad, empatía y solidaridad.

Las historias mínimas

La investigación para mí es una forma de vida. Es la formulación de preguntas, es mirar el mundo que me rodea reflexionando de forma crítica. Es dudar y preguntarse respecto al orden establecido en un amplio sentido.

Quienes nos dedicamos a la historia, estudiamos procesos. Para ello es fundamental el trabajo de archivo (en su amplia gama), que contiene un sinnúmero de fuentes. En mi caso, trabajo las fuentes primarias como historias de vida, prensa, imágenes, testimonios.

El trabajo ha cambiado en varias maneras. Ahora ya no realizo fichas de papel para realizar los resúmenes de libros, ya que existen gestores de referencias bibliográficas (Zotero, Citavi, entre otros). Para la transcripción de entrevistas ahora mediante Inteligencia Artificial, este trabajo se ve muy simplificado (desde el clásico pin point Google, Live transcribe hasta otros más sofisticados como Watson o SpeechLogger). Y el propio celular que, a través de la cámara fotográfica, es posible contar con imágenes de buena calidad.

Cuando investigo intento plantear preguntas simples que denotan una gran complejidad. Intento que estas preguntas, aunque sencillas, incomoden ese “orden natural” o “estado de confort”. Mi enfoque es desde el género, el feminismo y las condiciones materiales en que se desarrollan los procesos sociales. La mirada de género es un elemento central en mi trabajo investigativo, docente y de vida.

Dudar, plantear preguntas, sospechar. Un foco importante -tal vez manía- es comprender cómo operan las relaciones de poder en todos los niveles y espacios.

En un capítulo del Seminario de tesis de la Licenciatura escribí un texto, que, aunque muy humilde en su dimensión, se refería a las mujeres que leían a fines del siglo XIX y principios del XX en Chile. Mujeres de la élite que cuestionaban el orden establecido. Eran mujeres desobedientes.

Los temas sobre los que me interesa investigar tienen relación con la memoria histórica de sociedades que han vivido la violencia política de Estado. Me interesa lo que les ocurre a las personas que están en los márgenes. En las historias mínimas se encuentran los hilos de una profunda complejidad, donde las mujeres tienen un rol clave dentro de los procesos históricos. Me interesan varios temas que parecen disímiles, pero que en mi opinión son coherentes: la historia global y la conexión con los problemas locales. Actualmente uno de los fenómenos que se observa en “clave global”, es que la población ha envejecido, y más de la mitad de esa población corresponde a mujeres de más de sesenta años. Estoy leyendo sobre adultez y envejecimiento en diferentes dimensiones. Me interesa la historia de mujeres adultas y su organización política, lo denomino “feminismo con palabras mayores”.

Una de las grandes dificultades para realizar investigación en historia, al menos en Chile, es el profundo machismo. Cuestión que se observa en los concursos a todo nivel, y que hace muy poco tiempo, esto ha generado una revisión en los sistemas de arbitrajes y concursabilidad. Pero también otras dificultades propias de un espacio pequeño.

En consecuencia, es evidente señalar que como investigadora sí he vivido discriminación, en una amplia gama, entre ellas, de género, pero también de edad, ya sea porque eres “muy joven” o bien “porque ya no lo eres”. Como sabemos la discriminación afecta diferentes aspectos de la vida. En el caso de nosotras las mujeres, se evidencia a través de la inseguridad, de la constante validación y escrutinio. Si miro hacia atrás, la vida académica es para nosotras las mujeres, bastante difícil, sea por una cosa u otra, se nos hace creer que nunca somos “suficiente”. Por eso es imperativo el cambio de paradigma en el sistema académico cuyos sesgos de género son profundos. Es también muy importante estar atentas para

no reproducir de forma inconsciente, esas mismas formas que criticamos. Soy una convencida que otra universidad es posible.

Creo que las cosas -como todo en la vida- con el tiempo se van situando. En mi caso, el hilo conductor de mi investigación han sido el género, las mujeres y la memoria histórica, porque lo que me ha interesado visibilizar es la falta de justicia en las democracias cuyos pasados cercanos tienen la impronta de violaciones a los derechos humanos cometidas por el Estado. Sin embargo, las nuevas preguntas ya sea por los archivos y fuentes consultadas, me llevan a mirar con mayor precisión, indagando en nuevos territorios y horizontes metodológicos.

En mi opinión, gran parte del proceso investigativo, ocurre en el archivo y con él las casualidades que abren caminos que llevan a nuevas preguntas y enfoques para comprender otros aspectos de un proceso histórico. Hace poco más de un año, estaba trabajando en el Archivo de la Vicaría de la Solidaridad, en Santiago. Buscaba información sobre las huelgas de hambre que se habían realizado en Chile durante la dictadura cívico- militar. Mi objeto de estudio eran las Agrupaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos, prestando especial interés en las mujeres de la agrupación. Sin embargo, en algunas publicaciones de la Vicaría, aparecían “religiosas”, cuestión que va en contra del dogma católico. Esto me ha llevado a indagar sobre religiosas y sacerdotes que realizaron acciones de protesta pacífica en solidaridad con las familias de detenidos desaparecidos durante la dictadura en Chile.

Aprender con los estudiantes

La docencia para mí es una posibilidad de aprender. Es para mí una gran responsabilidad, por ello considero fundamental realizar investigación, ya que no sólo permite estar actualizadas y estudiar, sino también, compartir los hallazgos con las y los estudiantes. Plantear preguntas, proponer hipótesis, en fin, es una hermosa posibilidad.

Este oficio, si bien requiere de mucho trabajo y disciplina, me da tranquilidad y cierta alegría, poder contribuir a combatir el olvido, sobre todo

de personas anónimas, que durante mucho tiempo vivieron experiencias muy tristes e injustas.

Creo que mi granito de arena va en dos direcciones. De un lado, en allanar el camino para que otras mujeres que se quieran dedicar a hacer historia, y, sobre todo, puedan desplegar de mejor manera toda su potencialidad. Y de otro, contribuir a los denominados Nunca Más, a la memoria histórica de cientos de personas y familias por las que todavía existe una deuda en materia de verdad, justicia y reparación.

Me interesa el aprendizaje hacia el autoconocimiento a través de la práctica del yoga. Desde hace muchos años, descubrí este fascinante camino. También me gusta estar en conexión con la naturaleza y aprender de ella. Me atrae el poder que conlleva la complejidad de su simpleza. Creo que tenemos mucho que aprender.

Considero imperativo pasar a la acción. Me preocupa que no se ponga mayor énfasis en nuestra vida cotidiana, en el cuidado que debemos con el agua y el tratamiento de basuras, por solo citar algunos problemas referidos a la crisis climática. Es urgente un plan de acción que apunte desde las políticas públicas a un cambio cultural para abordar los conflictos socioambientales. Y desde la historia, la contribución es clave.

En esta forma en cómo se nos ha indicado vivir, a veces se torna muy complicado y hasta desalentador comprender la historia como transformación social. A veces creo que seguimos el camino de el Quijote.

Soy una convencida que es mejor el trabajo colectivo, en comunidad. Porque se generan relaciones de horizontalidad, de encuentros, pero también de conflicto, donde es posible aprender desde otro ámbito. La comunidad sostiene, y es donde las mujeres generamos lazos que nos permiten avanzar en todos los aspectos. Gracias a otras mujeres que estamos aquí, y seguimos nuestro camino. Es esta red hermosa que nos permite vivir en la(s) diferencias, que nos sostienen, aquietan, pero también nos empujan para salir de la zona de confort y enfrentarnos a nuestros miedos.

Sin duda la virtualidad complementa la corporalidad, pero el intentar reemplazar el cuerpo por lo virtual provoca problemas. Lo vivimos en pandemia, cuando los encuentros eran virtuales. Si bien en un primer momento generó una enorme ayuda, para saber de quienes estaban lejos, hoy sabemos que la mejor conexión no puede reemplazar el efecto de

oxitocina que genera un abrazo. Recuerdo una frase que me dijo María Angélica Illanes, historiadora: “Es bueno conservar algunas cosas”, es decir, prefiero conservar la libertad que me otorga la no conexión. Prefiero la conversación de forma presencial, hablar por teléfono para escuchar la voz, escribir sobre una hoja de papel. Finalmente, son esos pequeños detalles los que van conformando la historia de nuestras vidas.



POR PATRICIA XIMENA CASANOVA MUÑOZ (OSORNO, 1966)

Contador Público y Auditor, Universidad de Los Lagos, Osorno - Chile
Magíster en Gestión y Administración de Empresas de la Universidad de Los Lagos.

Profesional de la Dirección de Informática y Nuevas Tecnologías, ULagos.

DUELOS

Siempre quedará en mi memoria el 16 de marzo del 2020. Ese día nos enviaron, desde la pega, a todos a casa. La causa: un virus desconocido que ya había penetrado nuestras fronteras y comenzaba a ser noticia en todas partes y también en Chile.

Recuerdo esa incertidumbre frente a lo desconocido, frente a algo diminuto, imperceptible al ojo humano. Había miedo, desesperación, esa sensación de no saber qué va a pasar y que te hace pensar en la familia, en quienes más amas. Iniciábamos así una forma de vida distinta a la que estábamos acostumbrados.

En mi hogar tuvimos la suerte que otras personas no tuvieron, de contar con todo lo necesario para seguir, en mi caso, trabajando, y en el caso de mis hijas, estudiando, quienes al principio estaban felices de no ir al colegio y de tener sus clases online. No extrañábamos salir. Pese al miedo, era divertido, una experiencia nueva, estar todos juntos en casa, los cuatro, cada uno en su lugar, en su mundo y emerger a la cocina, a la hora de las comidas.

A mí no me preocupaba tanto, o no me asfixiaba, estar siempre en casa, buscaba formas de pasar el tiempo, cocinaba, horneaba, hacía manualidades como tejer y coser. Eso sí, siempre le decía a mi esposo, que yo no extrañaba tanto la forma de vida que había quedado atrás, pero me preocupaban mis hijas, que estaban en plena adolescencia, edad en que necesitan socializar y buscar su lugar en el mundo.

Otra preocupación eran mis padres, ya de edad, a los cuales decidí en una primera instancia, no ir a visitar, por miedo a que pudieran contagiarse, pero los llamaba para informarme de cómo estaban y de cómo iban su vidas. También hablábamos con mi hermana Cecilia, casi todos los días, chateábamos, conversábamos de su miedo al virus y del miedo que ella tenía por mis padres.

Así transcurrían los días, sin problemas para acostumbrarme a esta nueva forma de vida, sin ganas de rebelarme. Busqué formas de pasar mi tiempo y de disfrutar a mis hijas. También me dedicaba, cuando salía, a observar el comportamiento de las personas, algunas agresivas, porque demorabas en las filas, otras sin una pizca de empatía, que se lo compraban todo, sin pensar que los supermercados y las tiendas no cerraban, y que los productos no se iban a acabar de forma definitiva. Esta pandemia-vida reveló en algunas personas su verdadero y egoísta yo.

Y así, pasamos el primer año de pandemia y comenzó el segundo, con la nueva variante Delta, más transmisible y letal. Al finalizar enero de 2021, ya había comenzado la vacunación y vislumbramos un poquitito de esperanza.

Es impresionante cómo la vida puede cambiar en un minuto, no solo para ti, sino para toda una familia. Todavía resuena en mi mente la voz con miedo de mi hermana Cecilia, diciéndome “di positivo”, y yo calmándola, diciéndole que todo iría bien, que saldría adelante. El virus había buscado

la forma de entrar en su hogar. Desde ese día y todos los siguientes, le pregunté a mi hermana cómo estaba y le decía: “Vamos que se puede, te queda menos para ganarle al virus”. Confieso que jamás imaginé lo que estaba por venir. Un 14 de febrero de 2021, mi hermana fue hospitalizada y mi saludo de esa mañana quedó sin respuesta. Dos días después nos anunciaban que sería conectada a un ventilador mecánico.

Cuando mi hermana enfermó y la hospitalizaron, quedamos sin información, a la espera de una llamada que no llegaba. Recuerdo haber hablado con mi madre por teléfono y decirle: “Tranquila, Cecilia le ganará al virus”.

Una semana después, mi madre comenzó con síntomas y a los tres días la llevaron en una ambulancia al mismo lugar donde su hija Cecilia batallaba por su vida. A la vez, mi padre, todavía en casa, comenzaba también con síntomas del virus.

Más de quince personas de mi familia se contagiaron. Fueron días interminables: mi madre y mi hermana luchaban en el hospital por su vida y mi padre desde su casa.

No sé de dónde sacaba la fuerza para seguir adelante, mi esposo ya estaba cansado de decirme que me cuidara. Si bien lo escuchaba, había que estar allí para tranquilizar a mis hermanas y al resto de mi gente. La impotencia se apoderaba de todos al darnos cuenta de que se les iba la vida a nuestros seres queridos y que no podíamos hacer nada para cambiar ese destino.

Recuerdo la espera al teléfono para recibir noticias, pero no sonaba. Yo comencé a tejer cuadros en Grammy en colores oscuros. Muchas veces mis lágrimas mojaban la lana que se impregnaba de mi dolor, lloraba sola, en silencio, luego secaba mis lágrimas y me hacía cargo de mi casa y mis hijas, a quienes ocultaba mi pena, pero sí les hablaba de lo grave que estaban su tata, su abuela y su tía.

Un día recibimos la noticia: mi madre había empeorado, y nos daban la posibilidad de despedirnos por video-llamada. Vi el rostro de mi madre al otro lado de la pantalla. El virus deshumanizaba su muerte y la convertía en algo indigno. Ella había estado toda su vida para nosotros, y nosotros no podíamos estar en sus últimos momentos para ella. Entre lágrimas, le repetí muchas veces que la queríamos mucho, que estuviera

tranquila y que se fuera en paz. Creo que mi madre se daba cuenta de su gravedad, pero aún en su lecho de muerte no dejó de ser la leona que yo conocía, porque se sacó el respirador de su boca, para preguntar por su hija Cecilia. Le mentí y le dije que su hija estaba bien, para que partiera de este mundo tranquila.

Un 26 de febrero de 2021, a las 13.15 horas recibí la llamada de un médico que me informó que mi madre había fallecido. Me tocó hacer todas las gestiones, así como también retirar sus pertenencias del hospital. Esa noche me desesperé pensando que mi madre estaba solita, sin vestir, dentro de una bolsa negra. Encendí velas y recé por ella. A la mañana siguiente, su funeral fue solo con veinte personas. Yo dirigí el cortejo, pasamos primero por la casa de mis sobrinos, que todavía enfermos querían despedirse de ella, luego por su calle y su casa para que mi hermana que cuidaba a mi padre se pudiese despedir. Una vez en el cementerio, fui yo quien la despidió con un discurso improvisado, pero con palabras que me salieron desde el corazón. El mismo día que mi madre falleció, mi padre y mi hermana agravaron y comenzaron su agonía.

Ya no era posible mantener a mi padre en su casa, fue duro tomar la decisión de trasladarlo al hospital, él no quería. Yo iba vestida con pechera, mascarilla y protector facial, me colocaba a su lado. Él me confundía con el personal del hospital, luego cuando sabía que era su hija, me decía: “Durmiendo se me va a pasar”. No quería ir al hospital, nos costó mucho convencerlo. Nunca le dijimos que mi madre había fallecido, pero él se daba cuenta.

Un 11 de marzo de 2021, a las nueve de la mañana, recibo la llamada de mi cuñado, yo venía conduciendo, me dice que mi hermana iba a morir, escucho los llantos de mis sobrinos al otro lado del teléfono, hablo con ellos y les prometo que nunca los voy a abandonar. Mi hermana falleció ese mismo día, a las 15.00 horas. Yo no pude despedirme de ella. Esa noche, ya acostada, cuando todavía no había asumido que mi querida hermana ya no estaba en este mundo, suena el teléfono, me avisaban del hospital que mi padre estaba grave, que no pasaría la noche y que el médico nos autorizaba a ingresar a despedirnos de él. Mi esposo me acompañó, recuerdo haberme bajado del auto en medio de la noche y atravesar corriendo el patio del hospital, allí estaba mi hermano y mi

hermana mayor esperando. Fui la primera en ingresar, dos enfermeras me ayudaron a vestir, me colocaron las mismas protecciones que ellas usaban y me acompañaron a la pieza. Entré y vi a mi padre, me acerqué a él y le dije: “Chuta viejito, esta otra (así le decía a mi madre) te va a retar, te vas, barbón”, después y sin pensarlo, lo tapé. Le tomé su mano y le dije lo mucho que lo quería y lo querían todos, pero que partiera tranquilo, que mi madre y mi hermana lo estaban esperando. Observé su cama y vi pegado en ella todos los carteles que yo le escribía y pedía que le dieran: “Fuerza, viejito”; “Te esperamos en casa, viejo”, “Te queremos, Tata”. Como buen padre, esperó que sus hijos se despidieran de él y falleció a las cero horas del 12 de marzo de 2021.

En la funeraria no lo podían creer, no sabían cómo eran los protocolos para un funeral doble. El cortejo salió del hospital rumbo a la clínica, donde le rindieron homenaje a mi hermana que trabajó una vida en esa institución, luego seguimos rumbo a la casa de mis padres para que los vecinos y amigos se pudieran despedir.

Recién ahora he comenzado a recordar partes de ese momento que había olvidado.

En el cementerio, la urna de mi padre debió quedar en la entrada esperando mientras se despedía a mi hermana. Fui yo también la que despidió a mi hermana y luego a mi padre. Creo haber heredado la fortaleza de mi viejo, porque pude hablar y despedirlos sin derramar lágrimas, aunque por dentro estaba destrozada.

Una vez en casa, tendida en mi cama, pensaba en todo lo que había pasado, en qué hacer, si sumergirme en el dolor y la pena o seguir adelante. Tenía obligaciones: ser mamá, mi trabajo, las clases. Tomé la decisión de seguir adelante, aunque algunas personas me decían que no lo hiciera, pero estaba convencida de que la pena se lleva por dentro y que debes aprender a vivir con ella.

Hablé con mis hijas, les pedí que no se preocuparan por mí, pero que necesitaba vivir mi pena, y que si a ratos lloraba era normal. Había días en que el dolor me ganaba, pero seguía adelante. Canalicé mi pena haciendo cosas: retomé mi tejido a crochet, mis cuadritos en Grammy, pero esta vez compré colores más vivos; me sentaba a tejer olvidándome a ratos de mi pena.

Todo lo vivido, me hizo cambiar la forma de ver la vida, aceptar que la muerte es parte de la vida y que la vida tiene sus propios planes, que no tenemos el control. A la vida hay que devorarla cada día, apreciar el presente y no centrarse tanto en el futuro. También al escuchar a las personas que reclamaban que se sentían frustradas por no poder realizar el viaje de todos los años, por no poder salir... Pensaba en que cada uno tiene su propia visión de la pandemia, pero por dentro, me decía “ojalá yo tuviese ese problema”.

Es extraño para mí escuchar que estamos volviendo a la normalidad. Yo no vuelvo a la normalidad, a mí la vida me cambió: yo vivo una nueva realidad.

A un año de la partida de mis padres y de mi hermana, un día me senté frente a un lago a pensar y recordar. No podía entender y todavía no entiendo de dónde saqué la fuerza para no derrumbarme, como sí les sucedió a varios de mis familiares. Me mantuve en pie, serena, seguí adelante con mi trabajo, la docencia, la maternidad y a la vez para estar con mis sobrinos que habían perdido a su madre.

Conversando con un amigo, él me dijo: “Eres una persona resiliente, porque te mantuviste en pie cuando enfermaron tus familiares, viviste esa agonía que te carcomía, la indolencia de las personas que huían de ti, porque creían que les ibas a pegar el virus, esa sensación de querer que te den un abrazo, pero no te lo daban, y no te derrumbaste nunca”.

A pesar de todo lo malo que me pasó a mí y a mi familia, sigo pensando que la vida es bella, pero que no es fácil para algunos vivirla, por las sorpresas, en especial, las malas que te esperan en tu camino. Siempre les digo a mis hijas: “Está permitido caer pero lo que no está permitido es quedarte tirado, derrumbado. Lloren todo lo que tengan que llorar, reclamen, griten pero levántense, muchas veces no es fácil, pero se puede”.

Y finalmente terminé mi tejido, el resultado fue una piecera a la cual le puse de nombre “sentimientos”, porque los cuadros que la componen, están llenos de sentimientos como la pena, el dolor, los recuerdos y vivencias alegres de quienes, aunque ya no están, amaré por siempre.

DECIRTE QUIERO

Provengo de una familia de artesanos creativos, cuyo emprendimiento relacionado con el cuero resultó en un negocio familiar que tuvo su auge antes de la llegada del ecocuero. De hecho, mi padre fue un artesano curtidor de pieles, que me enseñó el oficio, pero nunca quiso que lo siguiera. Aún quedan algunos integrantes de la familia que hoy se dedican a crear piezas hermosas de cuero comprado en los frigoríficos. Para mí una pieza de cuero tiene una historia, un proceso y una dedicación. Mi padre curtía artesanalmente, y a cada pieza le dedicaba un tiempo.

En mi infancia, me apasionaba salir a jugar, saltar a la cuerda y, cuando llovía, ir a una canaleta y mojarme con el agua de la lluvia. De mi juventud, recuerdo que mi madre leía unas novelas por entrega de una escritora conocida como Corín Tellado y otras de amor llamadas “Jazmín”; me encantaba leerlas y sufrir con amores y desamores. Con mi padre recuerdo leer sus famosas selecciones del *Reader’s Digest*, y muchos otros libros. Creo que de allí heredé el gusto por la lectura.

El recuerdo que me vincula con mi profesión, es que mi madre insistió en (por no decir me obligó a) estudiar en el Instituto Comercial, y yo elegí estudiar Contabilidad. Cuando obtuve mi título, decidí continuar estudiando, di la PAA y saqué un excelente puntaje, y por razones económicas de no poder estudiar en una universidad de otra ciudad, postulé a la ULA, a la carrera de Contador Auditor.

Mi experiencia de estudiante de pregrado fue linda, eso sí con momentos difíciles, en los años de plena protesta en contra de la dictadura, de asistir a peñas a cantar canciones prohibidas, de ir junto a mi madre a escondidas de mi padre a inscribirnos al registro electoral y votar No, y de escuchar al candidato Patricio Aylwin cuando vino y dio su discurso en la salida de la ULA. Grandes momentos que guardo en mis recuerdos, y que hoy son mi tesoro más valioso. En aquella época vivía en Osorno. Las peñas o cantatas a las cuales iba, se realizaban en un local que quedaba en la esquina de calle Freire y Mackenna. Era un local en un subterráneo llamado “La leñera”. Recuerdo que subía gente a cantar canciones como “La muralla”, “Qué dirá el santo padre”, “Te recuerdo, Amanda”, “Qué pena siente el alma”, y las más conocidas de Los Prisioneros.

No trabajé para estudiar, mi padre pagaba parte de mis estudios, y la otra parte era el Crédito Fondo Solidario, además de la Beca Presidente de la República.

Mi madre hacía lo que mi padre decía. Él escuchaba las noticias y creía todo lo que en ellas se decía. Recuerdo que yo estaba en la Universidad y comencé a darme cuenta de que mi madre quería hacer cosas, pero no se atrevía, por miedo a mi padre, que se enojaba. Entonces, yo hablaba con ella y le decía que ella podía hacer lo que quisiera, que no tenía que pedirle permiso a mi padre.

Para el período de inscripción en el registro electoral, un día, mientras almorzábamos, mi padre dijo que prohibía que nos inscribiéramos para votar, que no “había que darles el voto a los comunistas”. Días después, con mi madre salimos al centro a vitrinear y comprar algunas cosas, y vimos que en el subterráneo del actual Centro Cultural de Osorno estaban inscribiendo para poder votar en el plebiscito. Hicimos la fila y nos inscribimos, de hecho, quedamos en la misma mesa, la 77. Recuerdo lo felices que estábamos el día de la votación, de poder votar por el No.

Formación

Mi primera vinculación con mi profesión fue la imposición de mi madre para que yo estudiara en el Instituto Comercial de Osorno. En ese tiempo, antes de elegir una especialidad, te pasaban ramos de las tres áreas: comercial, secretariado y contabilidad. Elegí contabilidad, porque me gustaban los números. Además, mi madre me contó que su padre había sido contador y eso despertó mi interés, pensar que mi abuelo había estudiado lo mismo que yo me hizo sentir orgullosa y quise seguir sus pasos. La contabilidad pura no me agrada mucho, prefiero la auditoria, revisar y encontrar los errores, corregir para que se haga mejor.

Si tuviera que pensar en referentes mujeres, puedo decir que me encanta Gabriela Mistral y Alfonsina Storni, las encuentro unas mujeres dignas de admiración, por su vida, por su poesía. Son unas luchadoras. Lamentablemente en mi área de trabajo, aún no he encontrado una referente mujer válida para mí.

Yo siempre he admirado a mis padres. Luego de las muertes de ambos, un día pensé en mi madre, no como la mujer que me dio a luz, sino como la mujer que era y que nunca vi como tal. Me pregunté, por ejemplo, que así como yo encontraba tranquilidad al escuchar su voz y sentir sus abrazos, cuál era el refugio de mi madre, cómo se calmaba. Ella seguía adelante y protegía a sus hijos, como una leona. Recordé lo que había hecho cuando ya no podía respirar: sacarse la mascarilla y preguntar por su hija que estaba enferma también. Mi madre se ha convertido en mi referente, como la mujer que vi, más allá de la madre que siempre fue.

Tengo un Magister en Administración y gestión de empresas, y hay un tema que siempre he estudiado: clima laboral y cultura organizacional. Mi esposo es filósofo y, si bien no lo he escrito, conversamos y discutimos ese tema, él desde su visión y yo desde la mía, logrando explicaciones mixtas que incluyen ambos pensamientos.

Me gusta trabajar a solas cuando tengo que escribir documentos o papers. En mi trabajo rutinario, prefiero trabajar con más gente, sobre todo por la parte social. Cuando se tiene que elaborar un informe que contiene temas que no son de mi dominio, prefiero trabajar en equipo, donde todos aportan para conseguir el objetivo.

Para mí, investigar significa ir más allá de lo que te digan o esté escrito, es como formarme mi propia opinión para poder aportar con ideas nuevas, ayudando al progreso en las distintas disciplinas que toca mi profesión.

Por formación profesional, utilizo mucho la observación y la comprobación. También escucho, me gusta analizar las distintas opiniones que se pueden tener de algún tema en particular. Y de esa escucha saco elementos que luego investigo para finalmente llegar a escribir basándome en autores cuya opinión me hace más sentido.

Soy profesional del área contable: cuando salí de la universidad, se contabilizaba en libros que parecían sábanas, se utilizaban tres libros, en los cuales una no se podía equivocar. Luego para realizar el proceso de auditoría, debía revisar una serie de papeles y cuadrar informes. La tecnología vino a cambiar mi forma de trabajar: los informes contables salían por sistema, los detalles de los documentos también. Además, agregé un nuevo campo a mi profesión, las auditorías a los sistemas de información, donde se debe validar la integridad de la información, además se debe de

ver la empresa como un sistema, compuesta por una serie de sistemas que interactúan entre sí, analizar los procesos, etc.

Recuerdo cuando estaba haciendo el balance o informe contable del fondo de crédito, en el cual se deben sacar los VAN de los flujos financieros. No coincidían los valores que estaban en la contabilidad con los valores que salían por sistema. Luego de varios intentos, el informático a cargo me pregunta los valores que yo tenía en el papel, los mira y, como en el transcurso de dos horas, llegó con unos informes que tenían exactamente los mismos valores. Moraleja de esta historia: todo es manejable, hasta la información.

Cuando escribo ensayos, primero me dedico a buscar mucha información al respecto, leo, escucho, y luego analizo y mezclo, sobre todo en ensayos que tienen que ver con conductas personales. Digo mezclar porque además de la información de un tema de mi área, me gusta mezclar lo psicológico para explicar desde mi mirada algún tema. Doy importancia a cosas que me hacen sentido y desecho algunas por formación profesional, siempre trato de ser objetiva, dar una opinión que se base en lo investigado.

Mi pasión siempre ha sido la docencia, aunque la dejé en el año 2022 para tener más tiempo para mis hijas. Si bien ese es el motivo principal, también me di cuenta que me gustaría más hacerle clases a niños pequeños, que son una esponja y absorben conocimiento, eso sí, si tienen buenos docentes, más que formar profesionales, en los cuales hoy en día, además de enseñar, debes batallar con la tecnología, con las copias y con el chat gpt. Eso me cansaba mucho.

Mi manía es ser ordenada, todo debe estar en su lugar. Al trabajar todavía no me acostumbro mucho a leer textos en forma online, amo los libros en papel.

Si bien han habido cambios en la universidad, siempre he sentido que, en mi profesión, se ha valorizado mejor la palabra de un varón que la de nosotras las mujeres. Un ejemplo: si hacía bien mi trabajo, y debía, por ejemplo, dar una recomendación, era a mi colega varón, al que le hacían caso, aun repitiendo lo mismo que uno había dicho. Miro al pasado y me alegro mucho de que situaciones que muchas vivimos en la universidad en el pasado, hoy sean solamente parte de los recuerdos.

Me hacía feliz hacer docencia, ocupar mis conocimientos en formar a jóvenes y jovencitas. Si miro al pasado, son muchas las generaciones de profesionales que pasaron por mi aula y eso me hace feliz. A pesar de haber dejado de enseñar, por motivos personales, la docencia es lo que me gusta de mi profesión.

Hoy mi vida no gira en torno a mi profesión ni a la investigación. Mi mundo desde que nacieron mis niñas, giró en torno a ellas. Hasta antes de pandemia, creía tener una vida consolidada. Pero la muerte por Covid de mi padre, mi madre y mi hermana, y todo lo vivido en un mes, me remeció e hizo que me replanteara la forma de ver la vida. Amo la vida, pero estoy muy consciente, de que tienes que vivirla en el instante, no dejar nada para el futuro, no callarse nada, ni vivir para los demás, pasar tiempo con los que quieres, lograr tus metas planteadas en la parte profesional o por lo menos intentar lograrlas y perseguir tus sueños, que nadie te diga que no eres capaz.

Recuerdo que el año que fallecieron mis seres queridos (2021), me entrevistaron en el Diario Austral de Osorno, para el día de la madre y el título de mi historia decía “Decir te quiero”, porque yo dije en la entrevista que no había que guardarse los “te quiero”, sino decirlos siempre a quien te importe.

Me gusta crear, tejo mantas, pies de camas, y además hago cosas en una máquina de coser: manteles, delantales, en fin, todo lo que se me ocurra y sea factible de realizar. Y mi último interés, son los libros. Leo, leo y leo, pero libros en papel. Creo llevar en mis genes, la parte creativa de mis antepasados, no lo hago en cuero, pero sí en lanas y en géneros.

A MODO DE CIERRE

Sumado a las versiones anteriores de la serie Expertas, donde la escritura se ha centrado en un extenso periodo biográfico que abarca desde la más tierna infancia hasta la actualidad, en esta tercera entrega agregamos textos sobre el confinamiento pandémico: tiempo preciso, concreto, que en Chile se inicia un domingo 17 de marzo de 2020, cuando se confirma el primer caso de coronavirus en el país, y concluye el 30 de septiembre de 2022, cuando se flexibilizan las medidas más estrictas: desaparece el pase de movilidad y la obligatoriedad de la mascarilla. En definitiva, fueron treinta meses de una situación nunca antes vividas por las nuevas generaciones.

Pensar y escribir sobre el pasado más reciente no es un ejercicio fácil. En este caso, es aún más complejo porque se trata de nuevos modos de existencia que vienen acompañados de sus respectivos nuevos conceptos, acuñados desde los gobiernos, el lenguaje publicitario, los organismos internacionales, o que germinaron y brotaron desde las personas que en su conjunto conforman colectivos y sociedad. Quisimos abordar experiencias íntimas; de duelo, de maternidad, escribir sobre el peligro que significaba salir a trabajar. Escribir por ejemplo sobre el miedo a lo desconocido, a la muerte, tema para el cual la cultura a la que pertenecemos tiene poca o ninguna preparación.

Una técnica que pensamos que ayudaría a “soltar la mano” era leer a escritoras describiendo sus propios encierros. Nos encontramos entonces -ahora que las búsquedas dejaron de ser una trayectoria física y son más bien virtuales- con el Especial: Diario de Pandemia, de la revista Dossier de la Universidad de México, que en junio de 2020 publicó autorías contemporáneas que desde lo literario y lo biográfico abordaron su relación con el virus, el encierro y los temores. De este dossier tomamos como referentes los textos de Mariana Enríquez, Margo Glanz, Lina Meruane, quienes aportaron en esta compilación con textos y frases breves, escribiendo desde la sensibilidad y el desconcierto, más o menos reacias a acomodarse a estos nuevos hábitos. Mariana Enríquez escribió sobre

la imposibilidad de escribir, desde su lugar como escritora del género del terror. Margo Glanz, en cambio, a sus noventa años, se detuvo en la valoración del tiempo detenido, muy acorde con los albores de la vida, que permite la remembranza del tiempo pasado, de personas y animales que ya no están. Lina Meruane, en cambio, lo abordó desde su experiencia íntima, que tiene que ver con los viajes y su propia enfermedad. Sin saber que el 2022 Annie Ernaux sería galardonada con el Premio Nobel de Literatura también leímos un fragmento de su obra, un texto llamado “Cómo escribir”, donde oportunamente para el ejercicio que hicieron las autoras de este libro dice: “Escribir la vida, no escribir mi vida. ¿En qué consiste la diferencia? Se preguntarán. En considerar lo que me ha ocurrido, lo que me ocurre, no como algo único, accesoriamente vergonzoso o indecible, sino como materia de observación a fin de comprender, de sacar a la luz una verdad más general. Dentro de esta perspectiva, no existe lo que se llama lo íntimo, solo hay cosas que son vividas de modo singular, particular —las cosas que a una le ocurren son suyas y de nadie más—, pero la literatura consiste en escribir esas cosas personales acerca de un mundo impersonal, en tratar de alcanzar lo universal, en practicar lo «singular universal», como lo llamaba Jean-Paul Sartre. Solamente así las experiencias de la vergüenza, de la pasión amorosa, de los celos, del tiempo que pasa, de las personas cercanas que mueren, todas estas cosas de la vida pueden ser compartidas”.

Durante los talleres para inspirar su escritura, las participantes de este volumen revisaron ideas de mujeres intelectuales vigentes como Donna Haraway cuya lectura invitaba a *Seguir con el problema* (2019), y aunque escribe desde Estados Unidos, aborda problemas universales que resuenan en estas latitudes del sur del mundo. Ella, que es una teórica feminista multiespecies que piensa en nuevas y provocadoras maneras de reconfigurar nuestra relación con la Terra, las invitaba a reflexionar en momentos de incertidumbre y planteaba que una de las salidas es crear comunidades. Otra de las pensadoras que las inspiró fue Rebecca Solnit quien, a través de *Los hombres me explican cosas* (2016) se detiene en los nuevos machismos, aquellos que persisten ocultos en el discurso y la praxis y que pueden ser difíciles de dilucidar porque se solapan con prácticas de (mal)cuidado o de pragmatismo, pero no por ello menos

peligrosos. En pocas palabras, mientras Haraway las convocó a meditar sobre maneras de resistir y habitar un mundo en crisis medioambiental, Solnit las acompañó en el camino de resistencia a los micromachismos incrustados en los discursos presentes y ocultos también en ambientes universitarios.

Seguir reflexionando sobre el mundo y la propia vida es una tarea que puede ser cotidiana. Pero el gran valor de estas mujeres es que con esas reflexiones han buscado generar luces para avanzar, no siempre sabiendo hacia dónde, pero a seguir confiadas en que hay espacios y refugios del mundo donde los tiempos inciertos se pausan o se olvidan por un momento, o se abordan con la sabiduría del “esto también pasará”. Este ejercicio queda plasmado en este libro que se construyó con reflexiones de las autoras en dos momentos, durante y después de la crisis sanitaria, puesto que así como se detuvo la vida, se detuvieron los financiamientos a muchos proyectos que estaban ejecutándose. Pero, como señalamos más arriba, logramos retomar la escritura de este volumen gracias al proyecto INGE210006 y concluir una nueva versión de la serie Expertas en donde hemos podido sopesar lo que significa mirar un fenómeno con distancia, cuando salimos de este y vemos su impacto en nuestras vidas.

Este libro es una doble invitación. Primero, así como las autoras de este libro se aventuraron a abrir las puertas de su mundo íntimo para contar sus experiencias de confinamiento –dolorosas, difíciles, de incertidumbre y miedo-, todas quienes atravesamos este período y lo sobrevivimos tenemos algo para contar. En esa línea, queremos que este libro sirva como motor para quienes se quedaron con ganas de escribir su vida, o un episodio de ella. Porque cada persona es un libro, porque cada persona tiene algo que decir, les animamos a la autorreflexión y a escribir sus pensamientos, será un ejercicio que en cualquier caso promoverá su autoconocimiento y por ende su empoderamiento sobre quiénes son y dónde quieren ir.

Segundo, como bien señalamos en la introducción a este libro, esta serie de publicaciones han buscado difundir la vida y obra de estudiantes, profesionales y académicas en la Universidad de Los Lagos. Por ello, anticipamos que existirán nuevos volúmenes que den cuenta de trayectorias que van más allá de la investigación clásica, esas que se basan en el método científico, incorporando aquellas que han avanzado a

elaborar nuevas tecnologías, innovar en metodologías y emprender con sus creaciones. Junto con ello, abordaremos también a las mujeres que, además de dedicarse a una vida académica, han ascendido a puestos de liderazgo en el ecosistema de la ciencia, la tecnología, el conocimiento y la innovación, evidenciando los desafíos que supone este camino en roles que aún tienen una impronta en masculino. Con ello, confiamos en que la serie Expertas continuará difundiendo y promoviendo la labor y el amor por el conocimiento que tienen las mujeres en sus diferentes roles dentro de una universidad estatal en el sur de Chile.

EQUIPO INGE210006

ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE GRACIAS AL TRABAJO DE

Autoridades Universidad de Los Lagos

Óscar Garrido Álvarez, Rector

Roberto Jaramillo Alvarado, Prorrectoría

Óscar Díaz Carrasco, Vicerrectoría de Investigación y Postgrado

Marcia Adams Monsalve, Vicerrectora Académica

Cristina Pérez Vásquez, Directora de Igualdad de Género

Claudia Castillo Haeger, Directora de Investigación

Sergio Arce Molina, Director de Bibliotecas

Comité Editor

Claudia Castillo Haeger, Arquitecta, Doctora en Sostenibilidad Urbana

Mónica Gallardo González, Ingeniera Civil en Informática,

Master Ingénierie des Médias pour l'éducation.

Betzabeth Marín Nanco, Trabajadora Social, Master en Política Social

Trabajo y Bienestar con Especialidad en Trabajo y Género;

Doctora en Sociología.

Cristina Pérez Vásquez, Psicóloga, Magíster en Educación mención

Política y Gestión Educativa.

Ninoska Schenffeldt Ulloa, Socióloga, Magíster (c) en

Estudios de Género y Cultura

Unidad Editorial

Ricardo Casas Tejeda, Director

Gabriela Balbontín Steffen, Editora

Alexis Hernández Escobar, Diseñador Editorial

Área de Administración

Marcia Fuentes Delgado,
Ingeniera Comercial, Profesional seguimiento, control y rendiciones

ANID - INGE210006

Omar Altamirano Altamirano,
Ingeniero y Magíster en Administración Empresas.
Profesional Administracion interna INGE210006

Ana Cabezas Apablaza

Jefa Biblioteca Pablo Neruda

Karin González González

Bibliotecóloga y Abogada especialista en Propiedad Intelectual

Nayarette Hernández Velozo

Secretaria Dirección de Bibliotecas

Patricio Rogel Aros

Encargado de Procesos Técnicos

Cristina Navarro García

Jefa Unidad Logística, Adquisiciones y Bodega

**Desde el Sur cultivamos saberes,
cosechamos libros**

Equipo Proyecto INGE210006
"Más Mujeres, Más Ciencia e Innovación: Fortalecimiento de las
Capacidades Institucionales con Enfoque de Género en I+D+i+e en
la Universidad de Los Lagos"

Claudia Castillo Haeger,
Directora
Mónica Gallardo González,
Coordinadora Académica
Betzabeth Marín Nanco,
Profesional Contenidos
Julio Rocha Rivera,
Profesional Contenidos
Ninoska Schenffeldt Ulloa,
Profesional Contenidos
Marcia Fuentes Delgado,
Profesional de Gestión Financiera
Omar Altamirano Altamirano,
Profesional de Gestión Administrativa

